

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 116

Administración: Cristóbal Bordiu, 1, Madrid

15 Abril 1903

CRÓNICA CIENTÍFICA

*La vista á los ciegos y el oído á los sordos.—El calor terrestre manantial de energía.
El «radium».*

Recordamos al lector nuestra indicación de última hora, en la Crónica del número anterior, esta misma publicación, acerca del invento del Dr. Stiens para dar vista á los ciegos, y nos complacemos en añadir que, según un telegrama de New York al *Daily Telegraph*, Miller Hutchinson, del Alabconca, después de diez años de estudio y trabajo ha inventado un aparato eléctrico que denomina el «Acousticón» que, aplicado á las orejas devuelve el oído á los sordos cuyo nervio auditivo no se halla definitivamente atrofiado. Sometido á ensayo en el Instituto de sordo-mudos de New York, ha tenido un éxito brillante.

He aquí que los milagros que los santos de la mitología cristiana, continuadores de los *divi* ó semidiosos de la mitología pagana, hicieron alguna vez, según afirman sus desacreditados panegiristas, en favor de algunos privilegiados cuando se hallaban en vena de milagrear, lo hará la ciencia en favor de todos, crédulos é incrédulos, tal vez sin más excepción por el momento que el obstáculo burgués del dinero que cueste la consulta ó el coste del aparato, hasta que desaparezca la burguesía por la revolución social, que desde entonces en lo sucesivo será como el aire, la luz, el agua, la tierra, el pan, etc., del dominio de todo el mundo.

..

Los diarios de Londres han publicado recientemente la noticia de que un ingeniero austriaco ha descubierto el movimiento continuo por medio del calor terrestre.

Como en este caso el origen de energía no procede del motor mismo, no se trata ya del problema planteado, reconocidamente irresoluble, pero los resultados prácticos son los pedidos.

Presentado de este modo, consideremos la cantidad de energía elevada desde el fondo á la superficie de la tierra por los manantiales termales, y se obtendrán cifras enormes que, aunque inútiles para mover una máquina de vapor ordinaria, podría utilizarse en máquinas en que para la producción del vapor se empleasen líquidos cuyo punto de ebullición fuese inferior al de las fuentes termales, como el éter, el alcohol ó el ácido carbónico líquido.

Además no es difícil calcular la profundidad necesaria para establecer una máquina que produjera vapor común, y si hoy no hay medio de llegar á profundizar un pozo de 5.000 metros con la misma facilidad con que en el día se hace uno de 1.500, no quiere decir que eso no sea posible después.

Dejando el asunto á los técnicos, y saliendo del terreno científico, ó, más bien, sin

salir de él, elevándose á concepciones ideales perfectamente racionales, consuela y entusiasma considerar á la humanidad, como Prometeo positivo y colectivo, que, tomando el fuego, no ya del *cielo*, sino del *infierno* (palabras cuyas acepciones primitivas tenían significación recta y material, desfigurada después con sentido figurado por astutos teólogos y cándidos creyentes), lleva el vivífico calor á sus hermanos árticos y antárticos, y convierte las actuales heladas regiones que habitan en espléndidas y frondosas comarcas, dignas de hombres y de mujeres libres, donde, si lo tienen á bien, podrán ostentar una hermosa y honrada desnudez que ofrezca contraste con los trajes de pieles con que hoy se visten, deforman y atrofan los desdichados groenlandeses.

*
*
*

La gran novedad científica es el *radium*, elemento que posee la propiedad, que hasta el presente se atribuía exclusivamente al sol, de emitir constantemente luz y calor. Sus particularidades le colocan entre los fenómenos más curiosos de la naturaleza y le prestan cierta fascinación superior á la que causan el oro y los diamantes, hasta el punto que el diamante de más valor es una bagatela á su lado.

El gran físico inglés William Crookes ha calculado que una libra de *radium* costaría lo menos cinco mil millones de francos, y que en todo el universo no hay actualmente un kilogramo.

La naturaleza luminosa del nuevo metal es curiosísima, por cuanto no tiene origen aparente de energía, bastándose á sí propio y continuando su iluminación durante años y años sin renovar su poder y sin disminuir en lo más mínimo por la energía gastada.

Las investigaciones de los sabios llegan hasta el punto de haber originado la duda acerca de la veracidad de las teorías generalmente aceptadas de la luz y de la materia.

Los primeros sabios de Francia, Inglaterra, Alemania y América se dedican á activos experimentos para determinar su naturaleza exacta y su relación con el resto del universo material.

*
*
*

El descubrimiento del *radium* ocurrió del siguiente modo: cuando el Dr. Roentgen anunció en 1895 su descubrimiento de los rayos X, otros investigadores se dedicaron al estudio de la radiación y de la materia radio-activa.

Sabido es que una de las propiedades más notables de los rayos X consiste en hacer fluorescentes diferentes substancias, es decir, hacerlas luminosas por sí mismas durante su exposición á la acción de los rayos. Tal fué el punto de partida en el estudio de la fuerza y de la materia radiantes.

Crookes descubrió que haciendo pasar una descarga de electricidad á través de una redoma purgada de aire á una millonésima de atmósfera, precipitábanse moléculas de gas en la redoma del polo negativo en corriente bastante fuerte para poner en movimiento una ruedecilla.

Estas partículas infinitamente pequeñas fueron llamadas por Crookes «materia radiante» ó «electrone», que son considerablemente más pequeñas que los átomos que, en estado normal, han sido tenidos como la última división de la materia.

Hacia algunos años que Becquerel descubrió que el metal *uranium* posee la propiedad de emitir radiaciones de naturaleza idéntica á la de los electrones ó materia radiante de la redoma de Crookes.

Después la señora y el Sr. Curie hallaron que ciertos compuestos del *uranium* poseían la facultad de radiación en grado notable y dedujeron de ello la presencia de alguna otra

substancia más energética aún que el *uranium* en potencia radiante. Continuando sus investigaciones descubrieron el *polonium*, y por último el *radium*, elementos nuevos incluidos en la lista de los conocidos, y poco después el químico Debierne encontró otro que llamó *actinium*. Ninguno de esos tres elementos ha podido obtenerse en su forma pura.

El *radium* es con mucho el más interesante de los tres, tanto para el sabio como para el vulgo.

*
*
*

Los electrones ó partículas infinitesimales que componen las radiaciones se consideran por muchos como la substancia misma de la electricidad y muchos sabios piensan que de su estudio podrá salir la respuesta á la pregunta ante la cual ha quedado muda la ciencia hasta el presente: «¿Qué es la electricidad?»

Los rayos del *radium* se emiten con una velocidad variable que llega á veces á 160.000 kilómetros por segundo, las dos terceras partes de la de la luz. Hablando de esa velocidad extraordinaria, Crookes calcula que la energía contenida en un gramo de los electrones emitidos por el *radium* bastaría para elevar toda la marina británica y transportarla á la cima del Ben Nevis (unos 1.500 metros de altura), la montaña más elevada de Inglaterra.

El *radium* es, pues, desde todos los puntos de vista, el más extraordinario y el más interesante de todos los cuerpos.

TARRIDA DEL MARMOL

Cómo va nuestra propaganda en Holanda

(CONCLUSIÓN)

La panadería cooperativa obrera, que no comulgaba en las ideas socialistas, ha tenido que pasar las penas del mundo para mantenerse: no hay acusación, por cobarde que sea, que no se le lance en su daño; pero no hay un enemigo franco que se presente abiertamente á formular su requisitoria; todo aparece bajo la forma anónima; es un viento que pasa, un ruido que corre. ¿Quién lo ha dicho? ¿Quién ha visto lo que se dice? ¿Quién quiere y puede probarlo? Nadie. Lo que sí se sabe es que hay financieros embaucados, parlamentarios rabiosos en los pasillos, que esperan su desaparición para aprovechar las existencias por y para sus amigos que sostienen la propaganda electoral. Y por eso, según ellos, es preciso que la panadería caiga. Tienen también una imprenta fundada en La Haya, en los tiempos en que Domela Nienwenhuis era á sus ojos un gigante; han trabajado tanto y tan bien, que dicha imprenta ha quebrado, pero no sin haber desaparecido una buena cantidad de Domela, quien hoy no puede ser honrada persona por el sólo hecho de contrariar los proyectos del partido obrero, y menos puede serlo desde que ha visto claro en esta carrera de sacos, después de haber sufrido un sitio, lo cual le ha hecho ver que los anarquistas habían dicho la verdad, que los discípulos de Bakounine eran y son más desinteresados que los de Marx.

Aun recuerdo una conversación que tuve con un anarquista de los antiguos, que de acuerdo con Alexandre Cohen, anarquista bien conocido en Holanda, me dijo: «Siempre he visto en Domela Nienwenhuis al hombre honrado y sincero; por eso el social-

demócrata con él era mucho más de temer.» Creo firmemente que este juicio es el de todos los hombres en Holanda, desde el burgués hasta el obrero, desde el hombre de Estado hasta el último de los charlatanes. Y otro tanto han perdido los social-demócratas al perderle de entre el número de los suyos. Lo que constituye su fuerza contra los parlamentarios es la experiencia de una vida de veinte años. Conoce todas las faltas y pecados de cada uno.

Uno de sus antiguos discípulos le hace la biografía: «Es el hombre que ha establecido el movimiento socialista en Holanda; el hombre testarudo que jamás quebranta su palabra ni su juicio». No les vendría mal un poco de esta rigidez de carácter á todos esos revolucionarios á lo Vliegen (tal es su nombre) de antaño. Nombre predestinado; si se traduce, significa mosca, y con ellos ha sucedido lo mismo que con las moscas sucede: que no pueden vivir largo tiempo la misma vida.

Así se metamorfosea el atributo «creer» en «saber» en todo hombre honrado, como ha sucedido con D. N. Sobre estos es sobre quienes la anarquía cuenta; enemigos ó simplemente adversarios de táctica hoy, vendrán mañana á nosotros con los acontecimientos que trae consigo toda lucha hacia el bien.

Que desgarren las máscaras y nos descubran á los Millerands de la historia.

Para esos, Domela Nieuwenhuis no es más que un sectario, un capitalista vulgar, lo que no decían antes cuando militaba en su partido. Pero de lo que no pueden acusarle es de haberse enriquecido con la evolución de sus ideales; bien al contrario, él ha dedicado todo su tiempo y una gran parte de su dinero al ideal, lo que no pueden decir los parlamentarios. Todo hace creer que ellos hubieran gozado de la fortuna de manera bien distinta si se hubieran encontrado en las circunstancias de D. N. Pero esos señores marxistas no aprecian las buenas cualidades de su ex-amigo, adversario actualmente.

Que revienten de rabia ó no, es indudable que la constancia de nuestro amigo en el triunfo del proletario no puede borrarse, y su palabra es tanto más temida y estimada cuanto más le odian sus adversarios. Sus escritos han sido demasiado leídos para que la personalidad del escritor sea olvidada, vencida ó manchada. Los que hoy le aprecian nada tienen que temer del porvenir. Su pesimismo del contacto de los hombres no ha matado todavía el optimismo que él tiene de los acontecimientos de la historia. Por esto le aprecio y estimo yo. Todo le hace invencible. El espíritu que él ha dado á la lucha económica sobrevivirá al de sus insultadores y adversarios, á pesar de lo que ellos digan y hagan. En la época en que Domela Nieuwenhuis era diputado, y por consiguiente uno de los primeros socialistas demócratas en Holanda y á la cabeza del *Recht voor alles* (*El derecho para todos*), La Haya era su principal ciudadela; pero después, la acción nefasta de las Cooperativas ha matado este movimiento; casi todos los militantes de aquella época han desaparecido para colarse en esos nuevos quesos de Holanda, en los que las intrigas en busca de un empleo han matado las mejores voluntades.

Amsterdan se encuentra hoy á la cabeza del movimiento. Domela Nieuwenhuis tiene no poca parte en ello. La idea socialista propagada por *Recht voor alles* desde hace cuatro años, *De Vrije Socialist* ha dado alas y base á los sindicatos que después de la separación de *Socialistenbond*, (*La Unión Socialista*) ha formado dos corrientes de las que P. J. Troelstra, abogado de profesión, dirige á los que sueñan con hacer de la cámara de diputados su supremo medio de conquista de los poderes públicos. Y Domela Nieuwenhuis es el culpable de todos los pecados de Israel, porque estando á la cabeza, por su situación económica, hace cuanto puede por el triunfo de las ideas libertarias en compañía de un grupo de camaradas amigos de esta tendencia en Holanda.

En el campo de acción nuestros hombres y nuestras ideas representan un papel más importante que los socialistas. Aunque á nosotros nos gusta menos ponernos de manifiesto, nuestros militantes y nuestras doctrinas hacen buena figura en el movimiento holandés.

La suma de nuestras iniciativas, es por lo menos, igual á la suya, á pesar de lo que digan. Nuestros *meetings* y nuestras conferencias se ven concurridos por un público superior al suyo, en cantidad y calidad.

Nuestra propaganda tiene por lo menos la ventaja de ser más eficaz y de mejor ley que la suya. Nosotros combatimos para introducir un método nuevo: «La huelga general»; ellos por uno que ya se ha hecho muy viejo: «El sufragio universal.» Para convencernos de esto, no tenemos más que pensar en su palinodia del período electoral, en el que todas las cuestiones que podrían dividir á sus electores las califican de «cuestión privada». La religión, el militarismo, la propiedad individual no encuentra en ellos más que adversarios de la peor especie que temen y evitan los obstáculos. Con el fin de fortificar su partido y llegar á un pretendido éxito momentáneo, niegan hasta la evidencia. Así, por ejemplo, uno de sus oradores, Gortes, en una reunión contradictoria celebrada estos últimos días y en la que fué invitado á exponernos sus ideas y su programa de socialista demócrata, llegó á decir que Millerand no había sido nunca socialista demócrata. ¡Se necesita frescura! Al oírles, parece ser que son ellos los que conducen el proletariado al buen combate, y si se les cree, todos los sindicatos serían socialistas demócratas.

Hasta ahora nunca hemos quitado la palabra á ninguno de los suyos, en lo que se refiere á la controversia. Los parlamentarios, con la ayuda de la señora policía, impidieron que hablara uno de nuestros propagandistas, J. J. Samson. De todos modos, esto no es nuevo aquí.

Hace dos años Troelstra y Pothnis, uno de sus guardias de corps, felicitaron á los municipales porque se habían conducido bien con los manifestantes del 1.º de Mayo. Y esto no es difícil, ¡son tan prudentes y están tan penetrados del respeto de la legalidad! Uno de nuestros vendedores de periódicos no pudo contenerse y exclamó: *¡Vivan los agentes de policía, futuros socialistas!*

En La Haya tuvo lugar un *meeting* al aire libre en favor del sufragio universal, en el que todos los socialistas parlamentarios se habían dado cita y en el que los futuros candidatos tomaron la palabra para calentar la semilla electoral; sin embargo, el número de sus carneros no fué muy numeroso.

Ahí también esos diantres de anarquistas sirvieron de Judas en sus discursos.

Si todo marchaba mal, sólo á los anarquistas se debía atribuir la causa. Troelstra y Polak, dos notabilidades en el arte de cambiar de casaca, acompañados de sus clowns de primera y segunda clase, Bergmeijer y Hermans, dieron muerte á la anarquía y á los anarquistas; no obstante, no pudieron impedir que un grupo de nuestros camaradas vendiesen nuestros periódicos mientras paseaban unos carteles anarquistas, en los que el elector podía intruírse, si sabía leer. A uno de los nuestros le arrancaron el paraguas y se lo hicieron girones los de policía, siendo después elogiados por Troelstra por este acto de pillaje en favor suyo, y cuyo delito era el de haber escrito en gruesas letras lo que pensaba de las elecciones, de los electores y de los elegidos. Y es claro que tantos elogios no podían quedar sin recompensa en las elecciones del 9.º distrito de Amsterdam, en el que Troelstra se presentaba candidato por la quinta ó sexta vez durante aquel año. Más de cien municipales votaron en su favor. ¡Qué honor! Cien autómatas atropelladores que

ingresan en la democracia social, en la creencia de que su nuevo candidato va á proponer á la Cámara lo que uno de sus colegas belgas propuso allí el último año, esto es, el aumento de sueldo para los gendarmes belgas, que seis meses después los atropellaron y destrozaron sin compasión con motivo de aquella «llamada» Huelga general por el Sufragio Universal. Ellos hablan de libertad; pero debo deciros que nuestros vendedores de periódicos no pueden venderlos en sus reuniones, mientras que sus vendedores tienen entrada libre en las nuestras por todas partes.

Al oír á los jefes socialistas, parece ser que todo el elemento obrero organizado en Holanda está pendiente de sus labios; según ellos, no hay más que un periódico que se ocupe de las cuestiones obreras palpitantes, su periódico cotidiano *Het Volk* (*El Pueblo*). Desgraciado periódico que si no fuera por algunos donativos de seis mil francos que de vez en cuando encuentran entre algunos de sus pretendidos lectores obreros, se iría á pique á cada momento. Se atreven á llamarlo el órgano del proletariado holandés, y todo el mundo está convencido de que quien menos lee ese periódico es el obrero; quitad de entre sus abonados los burgueses, y *El Pueblo* no podría publicarse ni un día más, á pesar de recibir una fuerte suma del partido socialista-demócrata alemán, por inocular poco á poco el virus marxista-científico.

Lo que no es un secreto para nadie es que el periódico no puede vivir de su propia caja. El que lea su prosa y pueda después comparar los textos de los periódicos de que las noticias han sido tomadas, se reirá de la parcialidad de la redacción ó de sus agentes de información. Sí, se reirá, por no llorar.

Tenemos tantos ó más periódicos que la democracia social en provincias, y la doctrina tiene una influencia bien distinta de la suya sobre el movimiento. Cada provincia tiene su órgano, y sobre esto no tenemos que envidiar absolutamente nada á esos señores parlamentarios.

En cuanto á nuestras Bolsas del Trabajo en Holanda, cuya residencia está en Amsterdam, Rozengracht, 164, ellos han tratado de ser los consejeros, sin haber podido conseguirlo. Y hay que ver qué intrigas y emboscadas ponen en práctica, á fin de desacreditar á los miembros más activos, que para ellos son indecentes «vrijen», y en Holanda un «vrije» es un anarquista.

Tenemos aquí, en Amsterdam, un grupo «De Vrije Socialist group» que no les hace mucha gracia, y que verían con gusto que desapareciera; pero el grupo les hace frente en todo aquello que ellos pretenden atraer para sí. En él se dan conferencias muy interesantes sobre las cuestiones que privan en la actualidad. Todo hombre que quiera reivindicarse de una censura, puede venir de su propia voluntad á encontrar un público que le escuchará, si sabe soportar la controversia ardua, pero cortés. Todos los matices de la anarquía están allí representados y la armonía es perfecta. Allí se invita á todos los militantes de cualquier idea que sea para que vayan á convencer al elemento anarquista, y este grupo organiza *meetings*, reuniones públicas, reuniones al aire libre, en colaboración con otros grupos de Holanda. Yo he visto en verano viajes de propaganda; cinco barcos partía de Amsterdam para Utrecht llenos de gente animada por la huelga general, y allí encontraron otra multitud que habían llegado en vapores y ferrocarriles de diferentes puntos. Es verdad que así se obtiene gran rebaja sobre el importe del viaje; un viaje que en tiempo ordinario cuesta hasta tres francos, por este medio viene á costar franco ó 1,50 á lo sumo. Y son muy agradables, con música y charangas compuestas de militantes socialistas, con tendencias anarquistas. Los vendedores de periódicos hacen una buena venta esparciendo nuestros escritos á manos llenas.

Uno de los puntos interesantes á conocer por los extranjeros, es el antialcoholismo y el vegetarianismo que cuenta con muchos militantes entre nosotros. El mismo Domela Nienwenhuis ha llegado á arreglar su vida interior de esta manera desde hace veinte años, y lo que él practica sabe explicarlo, propagarlo y sembrarlo á su alrededor, á los que le quieren y estiman. Y esto hasta tal punto, que un condiscípulo con quien yo hablaba un día por segunda ó tercera vez, se quedaba completamente sorprendido de que un anarquista pudiera dejar de ser un antialcoholista encarnizado.

Y como él, existe una muchedumbre.

Pero aun hay más; yo conozco un cafetero, gerente de un local conocido de todo aquel que se ocupa algo, por poco que sea, de las cuestiones sindicales en Amsterdam, Vereengings Gebouw, Rozenstraat, 125, que ha rechazado un vaso de agua antes de beberla de un recipiente destinado á las bebidas alcohólicas. No pude menos de reirme de este odio al alcohol; pero yo respeto al que no bebe, pues me acuerdo de que más de un camarada hubiera podido hacer más propaganda si no hubiese tenido el vicio de la bebida.

Ya sé yo que se me replicará con lo que yo he dicho muchas veces: «El hombre debe aprender á conocerse, y dejándole libre de hacer esto ó aquello, es como verá dónde está el mal». Tiene razón el adversario; pero esto es suponer que hay una fuerza de voluntad en el hombre superior á sus vicios. ¿Cuántos beodos conocen cuando no deberían beber?

Así es que puedo asegurar que en tres años que hace que estoy en Holanda no he visto todavía á un camarada borracho. Jamás me he avergonzado de la compañía de ninguno, lo que no puedo decir lo mismo, bajo este punto de vista, de otros países donde he estado.

En lo que al vegetarianismo respecta, sucede lo mismo. Varios médicos y otros profesores de laboratorios han tratado desde hace largos años de convencer á sus contemporáneos de que el hombre para estar sano y bueno no necesita comer carne. La carne y las especias, según ellos, proceden de nuestros gustos de civilizados, mientras que el uso razonablemente combinado y variado de las legumbres basta para mantener la energía corporal.

Algunos de nuestros amigos lo han probado, y les ha ido bien; otros han sufrido en la prueba un cambio demasiado radical y han perdido algo. Por lo tanto, en mi opinión, esto es cuestión de temperamento, de carácter y de gusto, puesto que, en resumen, el número de los que se encuentran bien después de haber practicado el vegetarianismo, es grande. Sin embargo, creo que los países del Sur son más favorecidos, bajo el punto de vista de frutas, que los países del Norte, á los que llegan tarde, en cantidad más mínima y de un sabor inferior. Y la fruta susceptible de ser renovada á voluntad, y con un sabor especial para cada clase y para cada variedad de especie, se cotiza muy bien entre los vegetarianos. Los mismos vegetarianos encuentran una relación directa con la brutalidad humana hacia los animales; nuestro amigo y camarada Elíseo Reclus, vegetariano también desde hace varios lustros atribuye nuestra falta de sentimientos hacia nuestros hermanos inferiores de raza, á nuestros instintos carnívoros, que el capitalista representa devorando bajo el aspecto de renta destilada por el sudor de sus obreros, animales de raza inferior para él, en este caso, patrón.

Me parece que el día en que el hombre del Sur pueda y se atreva á decir á esos ricos magnates y curiosos turistas improductivos: ¿Qué es lo que venís á hacer aquí? ¿Venís entre nosotros únicamente á disipar enormes sumas que robais céntimo por céntimo á

miserables trabajadores, nuestros camaradas de suerte, de los países septentrionales! ¡Mientras que ellos viven con algunos diez ó doce francos toda una semana, con una familia de cinco ó seis hijos, vosotros, parásitos, vosotros venís á pasear vuestro fastidio y desdén de la vida del trabajo! ¡Fuera! ¡Fuera! Zánganos de la colmena humana, volveos á vuestro país y sed más humanos que en el pasado, conservando para vosotros solos y vucstras familias las escasas delicias que la vida nos proporciona y que vosotros os embolsais en forma de capital sonante, en especie monetaria, para un uso tan triste. Si venís en adelante á nuestro país, venid para aprender á ser sobrios y modestos, contentaos con poco. No gastéis más en un día, lo que alimentaría durante algunos meses á familias enteras, para vuestros frívolos caprichos. En adelante dejad este dinero á la comunidad que os ha consentido crecer y aumentar, tanto en fuerza como en espíritu, mientras que ellos trabajaban bajo la influencia de un clima peor que el nuestro. Guardad más bien ese dinero gastado en fútiles placeres, para organizar medios de cambio, importación y exportación gratuitas, medios más poderosos de comunicación de todas partes, poniendo en goce todos los bienes de la tierra y á todos los habitantes de cualquier rincón que procedan ó que habiten.

Huid ó enmendaos, siendo mejor para vuestros iguales, los que hasta ahora habéis tratado como esclavos.

JOSEPH TOULHOUSE

Ensayo filosófico de Spencer

Desde que se estudia la antropología (es decir, la evolución fisiológica del hombre, así como la historia de sus religiones y de sus instituciones) *de la misma manera que se estudian las demás ciencias naturales*, ha sido posible comprender las líneas esenciales de la historia de la humanidad y ha sido posible separarse también para siempre de la metafísica que ponía trabas al estudio de la historia, y de la tradición bíblica que en el siglo pasado impedía el estudio de la geología.

Era natural, pues, que cuando Heriberto Spencer emprendió á su vez la construcción de una filosofía sintética en la segunda mitad del siglo diez y nueve, lo hiciera sin volver á caer en los procedimientos que caracterizan la *Política Positiva*. Sin embargo, la filosofía sintética de Spencer, aun presentando un inmenso paso adelante (no hay en ella sitio para la religión y el rito religioso) contiene todavía en su parte sociológica errores tan graves como los de la filosofía positiva de Comte.

El caso es que al llegar á la fisiología de las sociedades, Spencer no supo permanecer fiel á su método rigurosamente científico para estudiar esa rama del saber y no se atrevió á aceptar todas las consecuencias á las cuales le hubiere conducido ese método. Así, por ejemplo, Spencer reconoce que la tierra no debería ser jamás propiedad privada. El propietario del suelo, aprovechándose de su derecho de elevar el precio del alquiler de la tierra, impedirá siempre que los otros extraigan todo lo que pudieran obtener por medio de un cultivo intenso, ó bien tendrá la tierra inculta, en atención á que sube el precio de la hectárea en virtud del trabajo que hacen los demás de su alrededor. Semejante sistema,—Spencer se apresura á reconocerlo—es perjudicial para la sociedad y está lleno de

peligros. Pero aun reconociendo esto que concierne á la tierra, Spencer no se ha atrevido á hacer el mismo razonamiento concerniente á las demás riquezas acumuladas—las minas y los docks, sin hablar de los talleres y las fábricas.

Levanta la voz contra la intrusión del Estado en la vida de la sociedad y hasta da á uno de sus libros un título que representa todo un programa revolucionario: *El individuo contra el Estado*. Pero poco á poco, con pretexto de amparar la función protectora del Estado, reconstituye el Estado por entero, tal como existe hoy, indicando solamente algunas ligeras limitaciones.

* * *

Se explican fácilmente estas contradicciones y muchas otras por el hecho de que Spencer construye la parte sociológica de su filosofía bajo la influencia del movimiento radical inglés, aun antes de que él escribiese la parte de las ciencias naturales. En efecto, publicó su *Statique* en 1851, es decir, en una época en que el estudio antropológico de las instituciones humanas estaba todavía en la infancia.

El resultado fué que, como Comte, Spencer no emprendió el estudio de las instituciones por ellas mismas, sin ideas preconcebidas. Además, al llegar á la filosofía de las sociedades, esto es, á la sociología—empieza á hacer uso de un nuevo método, el más traidor de todos—el método de las semejanzas (analogías) del cual no había evidentemente usado para el estudio de los hechos físicos. Ese método le permitió justificar un montón de ideas preconcebidas. El resultado de estas concesiones es que hasta el presente no tenemos todavía una filosofía sintética basada en sus dos partes: la de las ciencias naturales y la de las ciencias sociológicas, con arreglo al mismo método.

Es preciso decir también que Spencer es el hombre menos á propósito para el estudio de las instituciones primitivas. Con este motivo, exagera hasta lo sumo el vicio común á todos los ingleses—el de no poder comprender las costumbres y los usos de las demás naciones. «Nosotros somos hombres de derecho romano, y los irlandeses son un pueblo de derecho común; por esto no nos comprendemos»—me hizo notar un día un amigo inglés muy inteligente é ilustrado. En efecto, todas las relaciones de los ingleses con las «razas inferiores», conquistadas por ellos, demuestran esa incapacidad de comprender otra civilización que la suya. Lo mismo se nota á cada paso con Spencer. La filosofía inglesa es absolutamente incapaz de comprender al salvaje con su respeto á la tribu, «la venganza de sangre» considerada como un deber por los héroes de una saga de Islandia, ó bien la vida de movimiento, llena de luchas, y por tanto más progresiva en las ciudades de la Edad Media. Las concepciones del derecho que se encuentran en esas residencias son absolutamente extrañas á Spencer, quien no ve más que «salvajismo», «barbarie», «crueldad».

* * *

Además, lo que es aún más importante, Spencer, como Huxley y tantos otros, tenía comprendida «la lucha por la existencia» de una manera del todo imperfecta. Se la representa, no solamente como una lucha entre diversas especies de animales (los lobos se comen las liebres, muchas especies de aves viven de insectos y así sucesivamente), sino también como una lucha desenfundada por los medios de existencia y por un lugar en la tierra en el seno de cada especie, entre todos los individuos. No obstante, esa última lucha no existe, ciertamente, en las proporciones que Spencer imagina.

Darwin mismo fué responsable de esa comprensión imperfecta de la lucha por la existencia, cuestión que no debe ser discutida aquí. Pero es cierto que, cuando doce

años después de la aparición del *Origen de las especies*, Darwin publicó el *Origen del hombre*, comprendía ya «la lucha por la existencia» bajo un aspecto mucho más extenso y más metafórico que el de lucha extremada en el seno de cada especie. Así escribía en su segunda obra: «Las especies animales que contienen mayor número de individuos simpáticos, tienen más probabilidades de mantenerse y dejar una extensa progenitura.»

*
*
*

El capítulo que Darwin dedica a este asunto hubiera podido ser el punto de partida para la elaboración de una concepción, excesivamente rica en consecuencias, sobre la naturaleza y la evolución de las sociedades humanas (Goethe lo había ya adivinado). Pero pasó desapercibido. Únicamente en 1879, en un discurso del zoólogo ruso Kessler, encontramos una concepción clara de las analogías que existen en la Naturaleza entre la lucha por la existencia y la ayuda mutua. «Para la evolución *progresiva* de una especie—decía él, presentando algunos ejemplos,—*la ley de la ayuda mutua* tiene mucha más importancia que la ley de la lucha mutua.»

Un año después, Lanessan dió su conferencia sobre *La lucha por la existencia y la asociación en la lucha*, y luego Büchner publicaba su obra *El Amor*, en la cual mostraba la importancia de la *simpatía* entre los animales para desarrollar las primeras concepciones morales; solamente que al meter ante todo el amor familiar y la compasión, limitaba inútilmente el círculo de sus investigaciones.

Me fué fácil probar en una obra separada y desarrollar la idea notable de Kessler y de extenderla al hombre, basándome en exactas observaciones de la Naturaleza y en las investigaciones modernas concernientes á la historia de las instituciones. La ayuda mutua es, en efecto, no solamente el arma más eficaz en la lucha por la existencia contra las fuerzas hostiles de la naturaleza y otras especies enemigas, sino también *el instrumento principal de la evolución progresiva*. A los más débiles garantiza la longevidad (y por consecuencia la acumulación de la experiencia), la seguridad de la posteridad y el progreso intelectual. Lo que hace que las especies animales que practican mejor la ayuda mutua, no solamente sobreviven á las otras, sino que ocupan los primeros sitios—cada una en su clase respectiva (insectos, aves ó mamíferos)—por la superioridad de su estructura física y de su inteligencia.

Este hecho fundamental de la Naturaleza—Spencer no lo había notado. El acepta como un hecho que *nó* tenía necesidad de ser probado—un axioma,—la lucha por la existencia en el seno de cada especie: la lucha á todo trance, «por el pico y por las garras», por cada pedazo de alimento. La naturaleza, «tinta en sangre de los gladiadores» tal como se la representaba el poeta inglés Tennyson, fué su imagen del mundo animal. Esto sólo fué durante los diez ó doce años últimos que empezó á comprender hasta cierto punto la importancia de la ayuda mutua (ó mejor, del sentimiento de simpatía) en el mundo animal, y que comenzó á recoger de los hechos y hacer observaciones en esta dirección. Pero hasta hoy, el hombre primitivo continúa siendo para él la bestia feroz imaginaria que no habría vencido más que arrancando «con los dientes y con las uñas» el último pedazo de alimento á su vecino.

Es evidente, pues, que después de haber adoptado como fundamento de su filosofía una premisa tan falsa como aquella, Spencer no podía construir su filosofía sintética sin verter dentro de ella una serie de errores.

P. KROFOTKINE

(Traducido por Soledad J. Gustavo).

UNA VICTIMA DE NIETZSCHE

(Historia de Sergio Pietrovitch.)

Lo que más le deleitaba de las teorías de Nietzsche a Sergio Pietrovitch, era la concepción del Superhombre y el ardor en glorificar a los fuertes, a los libres, a los dominadores. Insuficientemente impuesto en la lengua alemana, Sergio traducía con dificultad. Por fortuna, desde hacía diez y ocho meses tenía un compañero de cuarto, Novikov, el cual hablaba el alemán a la perfección y además no ignoraba nada de las cosas de la filosofía: Novikov acudía en su ayuda. Pero, en Octubre de 189..., cuando no le quedaban por traducir sino algunos capítulos de «*Así hablaba Zaratustra*», Novikov se vió de portado por medida administrativa, á consecuencia de unas revueltas en las que se había mezclado. La traducción dejó de adelantar: Sergio Pietrovitch no lo lamentó demasiado, contentándose perfectamente con las páginas estudiadas en común, las cuales había releído hasta sabérselas de memoria, incluso en alemán. Además, por excelente que sea la traducción, los aforismos se despojan necesariamente de una parte de su sabor; se hacen harto evidentes, demasiado elementales y se siente la impresión de penetrar inmediatamente, brutalmente, hasta el fondo de su misterio. Pero cuando Sergio Pietrovitch contemplaba el dibujo gótico de los caracteres alemanes, le parecía descifrar en cada frase, al través del sentido directo, una segunda acepción intraducible con palabras. Velábase su límpida profundidad; á veces se le ocurría la idea de que, si hubiera de surgir en el mundo algún nuevo profeta, hablaría necesariamente un idioma desconocido que todos los pueblos comprenderían de repente. Así es que no se apresuraba á traducir el final de aquel libro único entre las obras de Nietzsche, que Novikov le había dejado.

Sergio Pietrovitch era estudiante de tercer año en la facultad de Ciencias naturales. Sus padres, sus hermanos y hermanas, unos de más edad que él, otros más jóvenes, residían en Smolensk. Su hermano mayor, doctor ya, ganaba su vida con largueza, pero no podía ayudar á los suyos, cargado como estaba con una familia personal.

Sergio Pietrovitch tenía, pues, que contentarse con quince rublos al mes, y con ellos se contentaba, tomando gratuitamente sus comidas en una pensión de estudiantes, no fumando y absteniéndose casi de aguardiente. En tiempos de Novikov, ambos bebían copiosamente, pues Novikov hallaba medios con lecciones bien retribuidas. Una vez, por culpa de este último, que bajo el imperio de la bebida se divertía en trepar á los árboles del bulevar, en lo que le imitaba dócilmente Sergio Pietrovitch, les condenó el juez á una multa de diez rublos, que Novikov satisfizo. La franqueza de sus relaciones justificaba tal estado de cosas y á nadie le extrañaba, excepto al mismo Sergio Pietrovitch. Pero su penuria de dinero se presentaba como un argumento irrefutable.

Presentábanse otros casos análogos, que igualmente le era preciso aceptar, y á fuerza de reflexionar en ello, Sergio Pietrovitch concluyó por persuadirse de que toda su vida acusaba una servidumbre del mismo género. No era feo, tampoco hermoso: se parecía á todo el mundo.

Una nariz chata, labios gruesos, una frente estrecha le privaban de toda individualidad, le hacían completamente semejante á cientos y miles de seres humanos. Rara vez se acercaba á un espejo, pero siempre que lo hacía contemplaba lastimosamente dos ojos,

á los que veía de un modo irremediable turbios y mustios. En este concepto, como en otros muchos, representaba exactamente lo contrario de su amigo. Novikov mostraba unos ojos penetrantes, atrevidos, una frente espaciosa, un rostro oval, bien delineado. En cuanto á Sergio Pietrovitch, el elevado torso que sustentaba su faz sin carácter se le aparecía como una deformidad, y andaba encorvando tristemente la espalda. Pero lo más doloroso es que no se creía inteligente; en el Gimnasio (1), los profesores le consideraban sencillamente como un débil de espíritu. A raíz de una respuesta particularmente tonta, el cura le había calificado del «embrutecido de Smolevsk y de Mohilev», y el sobrenombre se hizo proverbial para calificar á todo alumno incapaz.

Fuera de esta calificación general fué el único de toda la clase que se quedó sin llevar apodo: nada sobresalta en él. Se sentía relegado entre las nulidades indiferentes, aunque nadie se lo hubiese dicho textualmente, porque nadie le juzgaba digno de una palabra seria; Novikov, por el contrario, no tenía más que presentarse para que la conversación más frívola tomase un giro decisivo. Al principio, Sergio Pietrovitch protestó implícitamente contra la opinión general, esforzándose en obrar, en hablar, en escribir, de una manera sutil: pero no provocaba jamás sino la risa. Así fué que concluyó por persuadirse él mismo de que no representaba nada, que no era sino un espíritu estúpido, y esta convicción se hizo de tal modo profunda, que aun cuando todo el universo le hubiese encontrado genio no se hubiera apartado de ella; porque el universo no podía sospechar lo que sabía demasiado bien Sergio Pietrovitch: que el pensamiento profundo ante el cual se estremecería el mundo, Sergio Pietrovitch lo había necesariamente robado, ó bien desenterrado mediante un trabajo tan desproporcionado que aquél no llegaba á tener verdaderamente ni valor ni mérito. Todo lo que los otros bogían al vuelo le costaba esfuerzos inauditos, y una vez implantado en su cerebro de una manera inextirpable, permanecía en él extraño como si se tratara, no de un pensamiento viviente, sino de un objeto inerte, un libro incrustado en aquella cabeza é hiriéndola con sus cantos duros. Circunstancia que exageraba este parecido, al lado del pensamiento intruso, Sergio veía dibujarse claramente la página de donde le había tomado. En cuanto á las nociones no consecutivas á las lecturas, permanecían elementales, sin sello ni personalidad, análogas á las millares de nociones neutras que vegetan por el mundo, tal como su rostro á millares de rostros. Por penoso que fuese admitir semejante comprobación, Sergio Pietrovitch la adoptó sin embargo. Al lado de este hecho primordial, otros, como la ausencia de toda aptitud, el pecho débil, una torpeza general, la falta de dinero, parecían insignificantes.

Sin darse cuenta de ello, Sergio Pietrovitch se hizo soñador y cándidamente quimérico. Tan pronto se veía ganando el lote de 200.000 rublos y emprendía un viaje al través de Europa; pero falto de imaginación, la representación del viaje no iba más allá del hecho de la partida. Tan pronto un milagro le hacía instantáneamente hermoso, inteligente, irresistible. Al acabar de oír una ópera se revelaba cantor; de leer un libro, gran sabio; de visitar la galería Tretiakov, pintor; pero siempre en medio de una decoración indeterminada, cuyo fondo estaba lleno por una multitud, por ellos, Novikov y otros, todos los cuales se inclinaban ante la belleza ó el talento de Sergio, quien les dispensaba de repente la felicidad absoluta.

Cuando se encaminaba hacia el refectorio de los estudiantes dando zancadas, con la cabeza baja, cubierto con una gorra descolorida, nadie sospechaba que aquel estudiante

(1) Liceo, colegio.

oscurecido, de rostro achatado y vulgar, era en aquel momento el poseedor de todos los tesoros de aquí abajo. En el refectorio se hacía un ovillo, despachaba prontamente una comida ligera y miraba de soslayo cuando algún estudiante conocido suyo pasaba á su lado buscando con los ojos un sitio desocupado. Tenía siempre semejantes encuentros por no saber de qué hablar, y el callarse le parecía descortés. Sus sueños, todos idénticos, alimentados con encarnizamiento, concluyeron por tomar una sombra de realidad y de precisión. Y cuanto mejor se representaba Sergio Pietrovitch lo que podía y lo que quería ser, tanto menos fácil le era conciliar su representación ideal con este hecho implacablemente ineludible: la vida.

Y gradualmente, sin que lo notara, se consumó su divorcio absoluto con todo el resto del mundo. La costumbre conservada del liceo, de una existencia en común, le hacía mezclarse á todos los organismos de estudiantes y frecuentar regularmente sus reuniones. Allí escuchaba á los oradores, bromeaba cuando bromeaban con él, garrapateaba una frase sobre cualquier pedazo de papel, y lo más frecuente era que evitase las votaciones, incapaz de discernir tan prontamente de qué lado estaba la verdad. Pero en general, su opinión permanecía impersonal y seguía á la mayoría.

Sergio Pietrovitch hacía á veces visitas, y siempre se embriagaba con los visitados. En tales ocasiones cantaba con ellos, con una voz sin sonoridad, hacía coro á los dichos picantes, abrazaba á todo el mundo, y, por último, iba á casa de mujeres galantes, las únicas mujeres que frecuentara, y esto cuando se encontraba ébrio; en ayunas, le inspira, ban temor y repugnancia. No buscaba la sociedad de mujeres honradas, convencido de que ninguna le amaría. Conocía á algunas estudiantes, á las que saludaba ruborizándose, cuando las encontraba, pero ellas no contestaban nunca á aquel compañero feo y encogido, aun cuando supiesen, como todo el mundo, que se llamaba Sergio Pietrovitch. De suerte que sin pertenecer á la categoría de estudiantes llamados salvajes, los cuales pasaban su obscura vida desconocidos de todos, y se presentaban á examen con timidez hurafía, no entretenía con el mundo ninguna de esas relaciones que hacen una sociedad simpática y apetecible. Del mismo modo él no tenía afección por nadie de aquellos y de aquellas con quienes bromeaba, se embriagaba con aguardiente, ó á quienes abrazaba.

Cuando no soñaba ni trabajaba, leía sin elección, sencillamente para no aburrirse. Gustaba poco de los libros serios, de los que no comprendía gran cosa, ni de las novelas; de éstas, unas se parecían harto á la vida, tan tristes como ella, y al resto le tenía por inverosímil y mentiroso como sus sueños. Aun cuando él se figurase seriamente ganando millones á la lotería, semejante aventura en un libro le hacía reír burlonamente y humillaba su sueño. Encontraba verdícas las novelas rusas, pero sufría leyéndolas, al pensar que pertenecía á la multitud de seres insignificantes y de vencidos de la vida de que le hablaban aquellas obras voluminosas y sombrías. Sin embargo, tenía dos novelas, dos traducciones, que leía y releía. Una de ellas la prefería en los días de abatimiento y de angustia, cuando el otoño lloraba melancólicamente y gemía sobre la ciudad y en su corazón; se avergonzaba de confesarlo, era *20.000 leguas de viaje subterráneo*, de Julio Verne. Sergio Pietrovitch estaba subyugado por la potencia de aquella figura del capitán Nemo, que se destierra de la humanidad para descender á las profundidades inaccesibles del Océano y desde allí despreciar al universo. El segundo libro era: *Un bravo solo no puede resistir á un ejército*, de Spielhagen, del que gustaba hablar con los compañeros muy complacido cuando se inclinaban ante el noble déspota Leo. Más adelante, por consejo de Novikov, al que interesó su pasión por los grandes hombres, comenzó á leer sus

biografías con entusiasmo; pero cuando acababa una, pensaba: «¡Yo no me parezco á él!» Y cuanto mejor aprendía la historia de ellos, tanto más empequeñecido se sentía.

Así vegetó hasta la edad de veintitrés años. Durante el primer año de sus estudios, habiéndose visto «cólgado» en el examen de física, se encarnizó en el trabajo, y, hecho habitual entre los que se dedican seriamente á las ciencias, el tiempo pasaba para él sin que tuviese conciencia del mismo, en la fiebre estudiosa. Pero á poco, la impresión aguda de vida fallida se embotó, y Sergio se acostumbró á la idea de representar un individuo ordinario, poco inteligente y en modo alguno original. Su cerebro se sentó en el límite que separa la imbecilidad de la inteligencia, y desde donde se distinguen igualmente bien las dos regiones: ya se contemple la nobleza altiva del espíritu escogido, ya se considere la miserable bajeza del idiotismo, feliz tras las espesas paredes de una bóveda craneana impenetrable como una fortaleza. Sin embargo, más bien miraba hacia este último lado, saboreando entonces una especie de desquite tranquilo al reconocer allí á tantas gentes que todavía valían menos que él. Sergio leyó menos y bebió más; no ansiosamente, como en otro tiempo, sino á vasitos entre sus comidas, manteniéndose de esta suerte en una semiembriaguez latente, en la que se desvanecían todas las impresiones desagradables.

Durante las vacaciones realizó Síndeusk, su única novela de amor, bien ridícula para otro, mas para él nueva, poética, deliciosa. La heroína fué una joven fea, tonta, pero afectuosa, que venía á escardar el jardín de los padres de Sergio. Este discernía mal cómo ella le había podido amar, de donde brotaba un ligero desprecio de su amor; pero las entrevistas sentimentales en el jardín sombrío, el dulce murmullo de los cuchicheos, el temor, todo le encantaba. Cuando, en el otoño, regresó á Moscou, ella lloraba, y él «se sentía completamente otro», orgulloso y satisfecho de sí: valía tanto como cualquiera, puesto que también á él le amaba una mujer con desinterés, y á la que su separación le hacía llorar. Como muchos, había concluido por no prestar atención á la vida, que se deslizaba vulgar, insignificante y empañada, como un cenagoso arroyuelo. Sin embargo, en ciertos momentos salía de su pesada somnolencia y se reconocía con terror como el siempre mismo lamentable sér. Entonces, durante noches enteras pensaba en el suicidio, hasta que el negro odio de su individuo se trocaba en una dulce y apacible compasión. Y la vida recobraba sus fueros, y él se repetía que aquella representaba un hecho, un hecho que uno no puede defenderse de aceptar.

Precisamente en el curso de uno de estos períodos de reconciliación con los hechos fué cuando fomentó su relaciones con Novikov. Los compañeros no lo comprendían, porque Novikov era tenido por una inteligencia superior. Por último, concluyeron, que, como egoísta y vano, buscaba un espejo en el que reflejar su brillante espíritu; y se reían al verle elegir un espejo tan deforme y trivial. Las afirmaciones de Novikov, respecto de que Sergio no era en modo alguno tan tonto como parecía, fueron recibidas como una bravata de aquella vanidad. Tal vez estaban en lo justo, pero Novikov ponía tanto tacto y discreción en la manifestación de su superioridad, que Sergio Pietrovitch le aficionó. Y era el primer hombre á quien quisiese, y era el primer amigo que la vida le hubiese procurado. Orgulloso de estas relaciones ennobecedoras, leía los libros que él leía, le acompañaba dócilmente al *restaurant*, seepaba tras él á los árboles de los boulevares, y saboreaba en fin la esquisitez de verse el íntimo de un hombre llamado á altos destinos. Con asombro espigadoso seguía el trabajo de aquel ardoroso espíritu que, lejos detrás de él dejaba semejantes á las verstas franqueadas, todas las teorías filosóficas, históricas ó económicas, para lanzarse adelante, siempre adelante, mientras que él, Ser-

gio, acomodaba el paso de lejos tímidamente, hasta el día que reconoció hasta qué punto se quedaba á la zaga. Fué horrible el día en que Sergio Pietrovitch, ansioso de ahogar su débil «yo» en un «yo viril, comprendió la imposibilidad de ello, y que se arrastraba tan distante del compañero de todos los instantes, como de aquellos cuya vida y cuyas acciones le revelaban las lecturas. Y fué Nietzsche—su amigo le había aconsejado estudiarle—quien se lo hizo comprender.

II

Cuando Sergio leyó las páginas de «*Así hablaba Zarathustra*», le pareció que un sol iluminaba la noche de su existencia. Triste sol boreal, y para alumbrar, no ya un paisaje alegre, sino un desierto desesperadamente sombrío, glacial y muerto: su alma. Una claridad, sin embargo, y con la que permanecía deslumbrado como jamás le había ocurrido. En aquellos tiempos, por poco lejanos que estén, pocas gentes en Rusia conocían á Nietzsche, y ni los periódicos diarios ni las revistas hablaban de él. Y justamente este silencio en torno de Zarathustra daba á sus discursos un acento poderoso, dominador y puro como sentencias caídas del cielo mismo sobre Sergio Pietrovitch. No se preocupaba de lo que era Nietzsche, ni de su edad, ni de conocer siquiera si estaba vivo ó muerto. Vea solamente sus pensamientos, deslizados en la forma austera y mística de los caracteres góticos, y esa desviación del cerebro que los procreó, y de todas las contingencias terrestres, les prestaba el aspecto eterno de la divinidad. Y, semejante al joven neófito sobre el que desciende el dios tan ardientemente invocado, lo disimulaba á los ojos de todos; experimentaba un sufrimiento cuando se acercaban manos profanas y groseras. Las manos profanas era Novikov.

Ciertas noches, tras la lectura de algún capítulo, Novikov emprendía la discusión de aquél. Se sentaba ante la mesa, y allí, como desde una cátedra, hablaba con autoridad, articulando netamente cada palabra, epilogando interpretaciones, deteniéndose en los finales de las frases, en las comas... Su fuerte cabeza rapada y semejante á una bola, abombada en la frente, plantada firmemente sobre un cuello corto, su rostro pálido y mate, salvo las salientes orejas, que se ponían como la escarlata bajo el imperio de las emociones violentas, todo en él imponía. Hablaba de los precursores de Nietzsche, del lazo de las teorías nietzschanas con el movimiento económico y social del siglo, afirmaba que aquellas teorías se adelantaban en mil años al movimiento contemporáneo, por su tesis fundamental del individualismo, el *yo quiero*. Otras veces se burlaba del estilo embrollado, en el que se dejaba sentir algo de artificial, de forzado, y entonces Sergio Pietrovitch se afanaba en infructuosos esfuerzos para contradecir. Todo lo que salía de labios de Novikov le parecía demasiado superior para que él pudiese jamás llegar á ello, y, sin embargo, en contradicción entonces con la verdad, estimaba más justa su comprensión personal de las palabras de Zarathustra, pero en cuanto trataba de explicarlas á su vez, todo se hacía inerte, pastoso, desdichado, pareciéndose muy poco á su pensamiento. Y se callaba, cobrando odio á su cerebro y á su lengua. Succedía también que Novikov, arrastrado por la elocuencia del profeta, se dejaba conmovér por la misma oscuridad de las frases; entonces las declamaba con voz poderosa y sonora, y Sergio escuchaba con devoción, con su cabeza achatada tendida hacia el recitante y en su cráneo espeso cada palabra se imprimía en letras de fuego.

Sergio no advirtió en qué momento terminó su contemplación resignada de los hechos y la angustia de su encogimiento; así como se inflama un tonel de pólvora sin que se sepa desde cuándo se consumía sordamente la mecha. Pero no ignoraba quién había

encendido aquella mecha: era el Superhombre, la visión del ser impenetrable, irragible, pero humano, que legitima todas las audacias y dispone soberanamente de toda fuerza, de toda felicidad, de toda libertad. Una extraña visión, deslumbradora hasta el punto de lastimar los ojos y apretar el corazón, vaga é indecisa en sus contornos, milagrosa é indescriptible, sencilla y real. Y á su luz radiante Sergio examina su vida, que se le aparecía completamente nueva y emoviente como una figura iluminada por el reflejo rojo de un incendio. Miraba ante sí y detrás, y todo lo que veía se asemejaba á un corredor largo, sombrío, estrecho, privado de aire y de claridad. Hacia detrás, aquello se perdía en los sombríos recuerdos de una triste niñez, y lo de delante se anegaba en la oscuridad de un porvenir parecidamente triste. Y en toda la longitud ninguna revuelta inesperada, ninguna puerta que llevase á allí donde luce el sol, allí donde lloran y ríen los seres vivientes. Y Sergio se veía rodeado por las sombras grises de los hombres privados de risas y de lágrimas, y que sacuden la cabeza bajo la eterna burla de la naturaleza.

Todo el tiempo que Novikov permaneció en Moscú, Sergio se satisfizo con el mismo trabajo de aproximación hacia el Superhombre. Escrutaba el rostro de Novikov, sus gestos, sus pensamientos, y se ruborizaba cuando el compañero sorprendía sus miradas atentas y estupefactas. De noche avanzada, mientras el otro dormía, Sergio observaba su respiración tranquila y regular, y notaba lo diferentemente que respiraba de él. Y aquel hombre durmiente al que estimaba de día, se le aparecía en aquellos momentos extraño, inquietante, enigmático. Todo se hacía enigma, aquella respiración profunda, el misterio de los pensamientos ocultos bajo el armazón de aquella caja craneana, el misterio del nacimiento, el misterio de la muerte, el misterio de la vida. ¿No era incomprendible que dos seres durmiesen bajo el mismo techo, y cada uno de ellos con sus ideas en vida aparte?

La marcha de Novikov no acarreó ninguna pena á Sergio; las últimas veinticuatro horas ocupadas en embalar efectos pasaron inadvertidas. Los amigos se encontraron en la estación. No estaban ebrios, porque Novikov poseía lo justo para tomar el tren.

—He hecho mal en haberte dado á conocer á Nietzsche, Sergio Pietrovitch, dijo con una cortesía ceremoniosa, chocante en su familiaridad, y la cual no les abandonaba ni aun en el curso de sus correrías de hombres borrachos.

—¿Por qué así, Nicolás Grigorievitch?

Novikov no respondió nada, y Pietrovitch añadió:

—Es poco probable que lo relea. Sé de él lo suficiente.

Sonó la campana para la partida.

—¡Vaya, adiós!

—¿Escribirá usted?—preguntó Sergio.

—No; no me gustan las correspondencias. Pero, escríbame usted.

Tras un momento de indecisión, se abrazaron torpemente, vacilando sobre el número de besos convenientes. Y Novikov partió. Sergio comprendió que desde hacía mucho tiempo aspiraba á quedarse solo con Nietzsche, sin nadie que interviniese de tercero. Y desde entonces, en efecto, nadie intervino...

ANDRIEUF.

(Del *Mercur*e de France.)

(Continuará.)

ANARQUISMO

I

MI ESPIRITU CONSERVADOR

Se corre el peligro de una revolución sin que las conciencias estén preparadas para recibirla. El caso es excepcional y merece que se le dedique más de un capítulo.

Existe un gran desnivel entre el conocimiento del socialismo y las manifestaciones rebeldes del proletariado, y sin preocuparme de la oportunidad y legitimidad de las revueltas populares, aunque declarando que el pobre tiene motivos para estar en rebeldía constante contra el estado de cosas presente, me propongo vulgarizar las doctrinas libertarias para contribuir al establecimiento de la armonía que es indispensable exista entre los hechos y las ideas de los pueblos y de los hombres.

Por revolucionarias que sean las doctrinas y por rebeldes que se presenten sus defensoras, existe, en las teorías y en los individuos, un espíritu que podríamos llamar conservador de la vida, y por este espíritu conservador de la vida algunas veces siento que unos se empeñen en defender lo que no tiene defensa y que otros hagan de la destrucción pura y simple una teoría de combate.

Pues bien, en el trabajo que van a leer mis lectores, en el supuesto de que los tenga, se hallará este espíritu conservador de la vida individual, que es el espíritu de la Humanidad a través de todas las hecatombes, de todas las luchas y de todas las revoluciones, refugiado en el arte y en la sociología particularmente.

Pero antes de meterme en más honduras, conviene que aclare, para que nadie dude respecto del procedimiento *evolutivo* que me propongo exponer y propagar, que no creo en la armonía entre el capital y el trabajo, que no creo en que el obrero alcance beneficios de alguna importancia sin que los exija por la fuerza, que no creo en la eficacia de la política ni de las leyes para el establecimiento de la sociedad justa, que no creo en que las conciencias metalizadas ó embrutecidas por la riqueza y la ganancia se convengan buenamente de que el pobre tiene derecho a la vida. Por consiguientes, mi espíritu conservador del individuo y de la Humanidad, es un espíritu revolucionario, y mi intervención en la actual lucha de intereses, de hombres y de sociedades, no es para decir a unos que dejen la resistencia y a otros que den de mano al ataque: es para poner entre unos y otros el ideal que nos recuerde y nos haga amar la existencia, al objeto de que los combatientes sepan qué defienden y qué atacan en cada situación y en cada momento del combate, y para que quede en pie, como faro que guía al naufrago en sus luchas con las olas, el espíritu de amor que ha de perpetuarse hasta lo infinito.

Se trata sencillamente del ideal que prolonga la existencia de la Humanidad y la del pensamiento merced a los que aman y a los que saben por qué pelean.

Mi tarea es, pues, sencillamente conservadora; representa un grito de alarma contra el odio, la destrucción, que llaman lucha por la vida, y contra las ideas místicas, deprimentes y tristes; grito que, dado por otra persona, por una de más prestigio literario y artístico, pudiera advertir al mundo que corre peligro con este avance inesperado de la revolución social, no con el propósito de detenerla ni con el de cohibirla, sino con el de que se la justifique y fortalezca y de que se la dote de un objetivo claro y bien definido.

A este fin divido mi trabajo en cuatro partes, aunque todas cortas, que se titulan: PRIMERA: *Crítica de la sociedad presente*. SEGUNDA: *Justicia de la sociedad futura*. TERCERA: *Procedimiento que debe seguirse para establecer la libertad y el amor en la tierra*. CUARTA: *La marcha de la evolución cuando haya desaparecido la autoridad y la propiedad de entre los hombres*.

FEDERICO URALES

El Arte dramático en España

EN EL TEATRO ESPAÑOL: *AIRE DE FUERA*, comedia dramática escrita en prosa por Manuel Linares Astrap.

Aire de fuera nada tiene de particular, pero es una comedia sin pretensiones y entretiene agradablemente, á pesar de sus defectos, que intentaré poner de manifiesto á la ligera.

El nervio de *Aire de fuera* es extremadamente simple, sin que yo dé á esta palabra carácter de censura; al contrario, creo que la vida colectiva es sencilla y que lo complejo en ella representa así como un efectismo psicológico. La vida individual ya me parece algo más compleja, pero no tanto que la considere en todo hombre compuesta de heroísmos, locuras, nebulosidades, incertidumbres, desmayos y ridiculeces.

Al grano.

Un joven, ingeniero de ciertas minas de Asturias, está casado con una mujer coqueta, hermosa y amante del lujo, por nombre Carlota. Baltasar, el marido, vive engañado respecto de los gastos que realiza su esposa, porque cuando ésta compra una joya, dice al esposo que le ha costado la tercera parte de su valor. El resto corre á cargo del director de las minas, y mayor accionista de las mismas; hombre riquísimo, mujeriego y amante de Carlota.

Con el matrimonio vive Magdalena, joven hermosa también, á la cual una sentencia del juez separó por cinco años de Juan, su marido, hombre pendenciero, borracho, perdido, que la pegaba y escarnecía amenudo.

Empieza la comedia precisamente el día que cumple el plazo de la separación de Magdalena y Juan, y éste, al final del acto primero, se presenta inopinadamente en casa de Baltasar á reclamar á su esposa. Pide amparo Magdalena, se le ofrecen Baltasar y Carlota; y Juan se marcha sin Magdalena, pero amenazando con volver por ella al día siguiente acompañado de testigos, del notario y de un mandamiento judicial. Y cae el telón del primer acto, mientras Carlota pide á su amante, Gerardo, que compre el silencio de Juan. Así, pues, Juan está enterado de las relaciones que sostienen Carlota y el director de la mina.

Cumple su palabra Juan durante el segundo acto, presentándose solo en la escena (la casa de Baltasar) á pesar de que el dueño ha dado orden á la servidumbre de que no le franquea la entrada.

Reclama á Magdalena Juan; se la niega Baltasar, alegando una enfermedad que la hace guardar cama; exhibe Juan el mandamiento y la sentencia del juez y hace lo mismo Baltasar con un certificado del médico. Se exaspera Juan y dice que Magda-

na, su esposa, no puede continuar viviendo en una casa que deshonra; se enfurece y amenaza Baltasar, y cuando Juan le replica que más le valiera que averiguase quién costea el lujo de su mujer, se echa encima de Juan con intención y trazas de ahogarle. En este momento aparece en escena Magdalena, que debe haberlo oído todo, porque aparte promete seguir á su esposo si éste dice á Baltasar que ha mentido al hablar de Carlota; y Juan accede diciendo á Baltasar que le ha faltado con el único propósito de exasperarle y hacerle entregar á Magdalena. Aquí cae el telón del segundo acto, dejando en el alma de Baltasar la duda de que su mujer le es infiel.

El tercer acto es una continuación de los sucesos del segundo. A la calle Magdalena y Juan, Baltasar llama á Carlota y provoca con ella una escena violenta que llega hasta la grosería, y de la que no sale bien librada la educación de Baltasar. Con dudas tan amargas se presenta poco después el joyero para decir que la compostura al collar que le ha encargado Carlota no puede costar menos de 4.000 pesetas. Baltasar se extraña de que valga 4.000 pesetas el arreglo de un collar que nuevo costó 5.000, y á esto replica el joyero: «Está usted equivocado; el collar costó 25.000 pesetas».

Nueva escena violenta entre Baltasar y Carlota, la cual, sin apenas negar ni resistir, dice á su esposo que es cierto cuanto sospecha de ella. El drama termina marchándose los dos esposos á Bélgica, por consejo de Baltasar, para naturalizarse allí y entablar el divorcio á los dos años.

*
*
*

El final pareció á la gente demasiado razonador y frío, y yo lo encuentro contrario á la naturaleza humana. Concesiones á la preocupación del honor y de la honra son esperar dos años para separarse legalmente de la esposa. No debía matarla como querían los espectadores pasionales chapados á la antigua; pero tampoco debía ser tan calculista que por temor á la murmuración aguantase dos años una vida hipócrita. La separación debía establecerse en el acto sin hacer caso de las preocupaciones del vulgo. Esto es lo que lógica y naturalmente, en el orden de la evolución de las pasiones y de los sentimientos, sustituye la muerte violenta de las adúlteras. El arrebató de la pasión no puede sustituirse en la vida.

Podemos modificar y se modifican los efectos del arrebató, pero no la emoción violenta, que por algo amamos. El cálculo, la filosofía, en este caso, es un elemento extraño al amor, á las pasiones y, sobre todo, á la naturaleza.

Si no sintiéramos el desvío de la mujer adorada, nunca la habríamos querido. Si pudiésemos razonar una pasión violenta, las pasiones dejarían de ser pasiones. Si fuese fácil posponer una conveniencia social á los efectos del amor, éste perdería su grandeza y sus encantos. Si en nosotros el cálculo tuviera más fuerza que el sentimiento, la vida perdería toda su grandeza.

*
*
*

Defectos de lógica artística y psicológica: ¿Por qué Juan odia tanto á Baltasar? ¿Cómo conoce Juan que Carlota engaña á Baltasar? El autor no lo explica, y esta omisión causa un gran vacío en el alma del espectador, en perjuicio de la obra.

Al público hay que justificar ciertos odios y hasta ciertas palabras, porque sin esta justificación no comprende el estado de ánimo de los personajes ni siquiera el por qué de sus actos.

Por ejemplo. ¿Por qué Carlota, la mujer de Baltasar, teme tanto á Juan? Al público tam-

poco le explican este temor, y como no se lo explican, no acierta á comprender por qué Carlota se empeña en comprar el silencio de Juan.

Dados los antecedentes de Juan, borracho, jugador, pendenciero, hombre de mala vida, ¿por qué á una simple indicación suya sobre la vida de Carlota, Baltasar provoca una escena violentísima con su esposa, que por cierto no le acredita de caballero bien educado? ¿Puede dudarse de la vida de una mujer porque un hombre de malos antecedentes la ponga en duda? Y si puede dudarse de aquella vida, ¿es natural que su esposo, sin más ni más, sin investigar, sin estudiar los actos de su mujer, la someta á un interrogatorio afrentoso? De ningún modo.

Siendo el acto tercero continuación del segundo y no habiendo mediado una entrevista entre el esposo y el amante, ó bien entre el amante y la amada, es decir, ignorando el amante que hayan sido descubiertos sus amores con Carlota, ¿por qué se niega Gerardo á reconocer una firma, como presidente de la sociedad y como director de la mina, del ingeniero? Tampoco se comprende este hecho.

¿Es natural que una mujer confiese llanamente á su esposo que le engaña con otro, á la simple vista de una joya por la que ha satisfecho veinte mil pesetas más de las que dijo á su marido que le había costado?

En este caso, ¿no se le ofrecen mil recursos á la mujer para salir del compromiso, como por ejemplo, negar que el collar hubiera costado tanto, ó decir que para comprarlo había vendido otras joyas ó prendas de algún valor?

Después de que una mujer confiesa su falta al marido, ¿no es natural que el marido desee conocer, aunque lo sospeche, el nombre de su rival? Pues á Baltasar no se le ocurre preguntarlo.

Estos son los defectos capitales de *Aire de fuera*, indicados ligeramente. En general, la obra es pequeña de alma. Todos los personajes son raquícos moralmente. Unos no tienen más misión que el ocio, otros sólo se preocupan de pescar novia con buen dote, aunque sea fea como un «cangrejo patas arriba.» Las mujeres engañan á sus esposos sin más placer que el del engaño, como si entre seres de diferente sexo no hubiera un sentimiento y un deseo capaz de justificarlo todo. Se hace gala descaradamente del adulterio... para poner en berlina á los maridos.

El amor tierno y grande no interviene para nada entre amante y amada... Es una desdicha moral. Este año el amor y la mujer honrada, honrada en el sentido de amar á un hombre, sea cual fuere, con grandeza de alma, han huído del arte dramático. Estamos de pequeñeces hasta la coronilla.

* * *

La comedia fué representada admirablemente. Me canso de repetir tanta alabanza en honor á los cómicos y á los directores del Teatro Español, como me canso de censurar tanto á los autores, sin sentido moral, la mayoría, sin gusto artístico, sin grandeza de alma, sin sencillez, naturalidad ni vida intensa... Un desastre artístico. Para eso no valta la pena de renegar de los clásicos ni de los románticos, con quienes parece que ha huído el ingenio, la fuerza y la belleza. Que lo diga si no la función á beneficio de la señora Guerrero. Aquello parecía hecho *expresado* para burlarse de los actores y del público.

¡Cuán á menos debe haber venido el arte dramático español cuando en función de gala, en función de honor á la mejor actriz dramática de España y en su teatro más importante, se representan piezas como las estrenadas en el Español el día del beneficio de la señora Guerrero! Hay quien hace comedias con la prontitud con que se fabrican bu-

ñuelos, pero así salen ellas para deshonra de todos, de España y del arte particularmente.

Que en la temporada próxima el Teatro Español y los autores que estrenen sean más afortunados de lo que lo han sido en la presente, es lo que deseo, para honra y provecho del arte dramático, del público y de los comediantes.

ANGEL CUNILLERA

La perla negra

(CONTINUACIÓN)

III

¡Lo que vió Cornelio justificaba, en efecto, el grito de Baltasar!... El piso estaba sembrado por completo de papeles de todas clases; y aquella profusión de papelotes explicábase al ver dos carpetas verdes arrancadas de su casillero de madera, y vaciadas encima de la alfombra. Añádase á eso una gran cartera de tafilete, donde guardaba sus cartas Baltasar, abierta y desencajada á pesar de su cerradura de acero... ¡y enteramente vacía, después de haber desparramado acá y allá algunos centenares de cartas!...

Pero esto no era sino una mínima parte del mal. Al ver ese estrago, de que aún no trataba de darse cuenta, lo primero que á Baltasar se le ocurrió fué ir corriendo á la mesa de despacho. ¡Estaba forzada!... La cerradura de acero había resistido, sin embargo, mejor que la de la cartera, y el pestillo permanecía valientemente dentro de su caja. Así, pues, en la imposibilidad de arrancar la cerradura, tuvieron que destrozar el frente del cajón. Toda la parte de la madera adherida á la cerradura estaba—al pie de la letra—picada, recortada, hecha hilas; y la misma cerradura, suelta por todas partes, colgaba miseramente con los clavos retorcidos y rotos. En cuanto á la tapa, redondeada y movable como las de todos los escritorios del sistema Tronchin, estaba levantada tres cuartas partes de su abertura; lo suficiente para permitir á la mano registrar todos los cajones y escondites del mueble.

Pero... ¡cosa extraña!... la mayoría de los cajones no protegidos por nada contra la violencia y que contenían valores en papel, habían sido respetados por el ladrón, y hasta parecía que no se tomó el trabajo de abrirlos. Toda su atención se había concentrado en aquél donde estaban las monedas de oro y plata; unos mil quinientos ducados, doscientos florines y el cofrecillo de acero lleno de alhajas de que había hablado Baltasar. Ese cajón, salido de su hueco, estaba absolutamente vacío, como si lo hubiesen vuelto boca abajo. Todo había desaparecido de él, oro, plata, joyas, sin dejar ni rastro. Y lo que fué para Baltasar el golpe más cruel es que, habiendo levantado del suelo el cofre de acero, se cercioró de que también estaba vacío, ¡y que el medallón había sido robado como todo lo demás!...

Esta cruel pérdida, que le afectaba más que la de su dinero, hizo suceder á su primer estupor un verdadero acceso de locura. Abrió bruscamente la ventana que daba á la calle y se puso á gritar como un energúmeno: «¡Ladrones!» Toda la ciudad iba á responderle, como acostumbra: «¡Fuego!» si ese primer grito no hubiera llamado la atención á una escuadra de agentes de policía puestos en campaña para descubrir y arreglar

los estragos producidos por la tormenta. Corrieron al pie de la ventana, donde Baltasar, gesticulando y vociferando, no supo acabar de explicarse. Sin embargo, M. Tricamp, su jefe, comprendió muy claro que se trataba de objetos robados. Luego de decir á Baltasar que hiciese menos ruido, por conveniencia de sus propios intereses, apostó dos agentes en la calle para vigilar los alrededores, y rogó á esos caballeros que le introdujesen en la casa sin despertar á nadie, lo cual hizo Cornelio en el acto mismo.

IV

Una vez que le abrieron sin ruido la puerta, entró de puntillas M. Tricamp, seguido por su tercer agente, á quien dejó en el zaguán con orden de que á nadie permitiera entrar ni salir. Serían po co más ó menos las doce de la noche; dormía toda la ciudad; y por lo tranquila que estaba la casa, comprendieron que un poco sorda Gúdula y fatigada Cristiana por las emociones de la tormenta, no habían oído nada de aquella tramoya y descansaban tranquilamente.

—Ahora—dijo M. Tricamp bajando la voz—¿de qué se trata?

Baltasar le condujo al gabinete; y sin fuerzas para decirle una palabra, le enseñó aquel cuadro.

M. Tricamp era un hombrecillo un poco rechoncho, pero no obstante, muy vivo y muy ligero; añádase á esto una cara de pascuas, aire de satisfacción personal justificada por su gran renombre de hábil... ¡pretensiones de elegancia, de buen lenguaje y de saber!... Por lo demás, un hombre mañoso, astuto y sin más defecto para su profesión que el de una excesiva miopía: molesta contrariedad que le obligaba á mirar las cosas muy de cerca, lo cual no siempre es el verdadero medio de verlas bien.

Evidentemente se quedó sorprendido; pero es de regla en todos los oficios el no parecer asombrado ante los *clientes*. Limitóse á murmurar: «¡Muy bien, muy bien!» sonriéndose y echando á todos lados miradas de profesor perito.

—¡Vea usted, caballero!—le dijo sofocado Baltasar—¿Ve usted?

—¡Muy bien!—respondió M. Tricamp.—¡Forzada la cartera, forzado el escritorio! ¡Muy bien, perfectamente!...

—¿Cómo, perfectamente?—dijo Baltasar.

—Han cogido el dinero, ¿no es así?—continuó M. Tricamp.

—Sí, señor, todo el dinero.

—¡Bueno!

—Y las alhajas... ¡Y mi medallón!

—¡Bravo! Robo con fractura en casa habitada... ¡Excelente!... ¿Y no sospechan ustedes de nadie?

—¡De nadie, caballero!

—¡Tanto mejor! Así tendremos el gusto del descubrimiento.

Baltasar y Cornelio se miraron con sorpresa. Pero M. Tricamp continuó tranquilo y sin asombrarse:

—¡Veamos la puerta!

Baltasar le enseñó la única puerta del gabinete, provista de su magnífica cerradura del tiempo viejo, una obra maestra como las que sólo se hallan ya en nuestros buenos Países Bajos. Tricamp hizo funcionar la cerradura: *peric, crac!* El cierre era limpio, sonoro, fácil... Sacó la llave, y de un sólo vistazo se cercioró de lo imposible que era abrir aquella cerradura por medio de las ganzúas corrientes. La llave tenía la forma de un doble trébol, complicada con un secreto que, por excepción, no conocía todo el mundo.

—¿Y la ventana?—dijo M. Tricamp, entregando la llave á Baltasar.

—La ventana estaba cerrada—dijo Cornelio—y nosotros la hemos abierto para llamarle á usted. Además, caballero, repare que está provista de fuerte reja, con los barrotes muy juntos.

M. Tricamp se convenció, en efecto, de que los barrotes no hubieran podido dejar paso ni á un niño de dos años, y volvió á cerrar él mismo la ventana. Después de esto encaminóse á la chimenea. Baltasar seguía sus movimientos sin decir nada, con idéntica confianza á la del enfermo que mira al médico escribir su receta.

M. Tricamp se inclinó y se puso á mirar con atención la chimenea; pero también allí quedóse despistado. Una reciente obra de albañilería había rellenado tres cuartas partes del conducto, no dejando más que la abertura necesaria para dar paso al tubo de una estufa. Esa estufa, desmontada todos los años por la primavera, para limpiarla y volverla á armar á los primeros fríos, estaba á la sazón en el desván, y la chimenea vacía en absoluto. Ni por un solo instante se le ocurrió á M. Tricamp que ese tubo de estufa pudiera permitir el paso á nadie, y se levantó más confuso de lo que pretendía representar.

—¡Muy bien!—dijo.—¡Diablol

Y miró al techo, después de reemplazar su anteojos por un par de gafas.

—Tampoco hay nada sospechoso por esta parte, ni aun dudoso.

Cogió la lámpara de manos de Baltasar y la puso encima del escritorio, quitando la pantalla; y, de pronto, esa maniobra le hizo descubrir un detalle que hasta entonces había sido escapado...

V

A tres pies por encima del escritorio, y á distancia casi igual del piso y del techo, estaba clavado en el tabique una especie de cuchillo; reconocido este cuchillo resultó ser de Baltasar. Era un arma extranjera, regalo de un amigo, la cual estaba por costumbre encima del escritorio; pero lo sorprendente era el extraño uso que de ella se había hecho: ¿Con qué fin se habría hincado este cuchillo en la pared?—En el mismo instante, Tricamp hizo notar que el alambre de la campanilla que iba á lo largo de la cornisa, por encima del escritorio, habíase roto y retorcido, y ambos fragmentos colgaban en dirección al cuchillo. Saltó con presteza en una silla y luego en el tablero del escritorio, disponiéndose á examinar más de cerca la cosa. Pero apenas se puso de pie en aquella escala improvisada, cuando exhaló un grito de triunfo. En efecto; no tuvo más que extender el brazo entre el cuchillo y la escocia del techo, para levantar un trozo del empapelado desprendido por tres partes, y para descubrir debajo una ancha abertura circular hecha en el tabique, tapada hasta entonces con una válvula por ese papel.

Este descubrimiento era tan inesperado, que los dos jóvenes lo presenciaron con la boca abierta. Sin embargo, el asombro no fué de larga duración; Baltasar se acordó bien pronto y explicó que aquella abertura, condenada y olvidada de mucho atrás, había servido primitivamente de ventanillo para dar luz á la estancia vecina, la cual no era más que un gabinete de tocador. Más tarde, una reconstrucción parcial de la casa había permitido á M. Van der Lys transformar ese tocador en alcoba, dándole luz por medio de una ventana á la calle; y el ventanillo, inútil ya, se había tapado, pegando encima, por las dos habitaciones, un lienzo y un trozo de papel igual al de cada una de ellas. M. Tricamp les hizo notar que el trozo cuadrado de papel puesto antiguamente por la parte de acá había sido despegado con suma habilidad, lo cual hacía suponer en el operador

intención de volver á pegarlo más tarde. Empinándose un poco, pudo meter el brazo por la abertura y se cercioró de que igual trabajo habían hecho por la parte de allá en el papel de la alcoba inmediata, con las mismas precauciones, idéntica maña y evidentemente con iguales propósitos.

Ya no cabían dudas; con seguridad, por ese sitio era de presumir que se introdujera el ladrón, siendo el ventanillo redondo bastante ancho para dejarle pasar. Bajándose M. Tricamp de su pedestal, creyóse en el deber de explicar de un modo sumamente fácil toda la conducta del malhechor, desde su llegada hasta su partida.—«El cuchillo—dijo—puesto á igual distancia de la mesa y del agujero redondo, claro se ve que es un escalón dispuesto para la subida de retorno, más difícil que la bajada. El alambre de la campanilla, roto desde el principio, cuando estaba al alcance de su mano, ha podido servirle de cuerda y punto de apoyo, no por la parte que hubiese movido la campanilla, sino por la otra que sólo podía agitar el cordón; y, en efecto, sólo parece retorcido por este uso el fragmento de alambre que va á parar al cordón. En cuanto á los cartapacios deshechos encima de la alfombra, y cuyo saqueo nada justifica, fácil es comprender que nuestro ladrón, al trepar para salir, ha podido escurrirse y perder el equilibrio; en cuyo caso se agarró al primer objeto que estuviese á su alcance. Pues bien; estando la taquilla más alta que la mesa, respondía precisamente á esta necesidad. Mientras el pie derecho se apoyaba en el cuchillo, el pie izquierdo, balanceándose en el vacío, iba por un momento á apoyarse en la taquilla, la cual hubo de moverse y cayeron dos carpetas al suelo...; las dos carpetas superiores, como ustedes ven, que naturalmente habían de caerse las primeras. Después de lo cual, afirmándose en este ligero apoyo, pudo alcanzar sin obstáculo hasta la claraboya; y la taquilla, después de la impulsión, ha recobrado naturalmente el equilibrio.—A este trastorno causado por la caída de las carpetas, atribuyó la negligencia del ladrón, dejando sin volver á pegar los trozos del empapelado, que no hubiese desprendido con tanto esmero á no proponerse dejarlos en su primitivo estado.—¿No les parece á ustedes todo eso racional, evidente, claro como la luz del día?

Baltasar y Cornelio escucharon con cierta admiración esa ingeniosa requisitoria. Mas el primero no era hombre para extasiarse mucho tiempo; no veía más que una cosa, su medallón; y, seguro ahora del modo cómo había penetrado el malhechor, ya no deseaba saber sino por dónde había salido...

—Paciencia—le respondió M. Tricamp, regodeándose con un polvito de rapé y con todo el orgullo del triunfo;—ahora que conocemos el modo de proceder el ladrón, estudiemos su temperamento.

—¿Su temperamento!—exclamó Baltasar.—¿Tiempo tenemos para ocuparnos de eso!...

—¿Oh, dispense usted!—replicó Tricamp;—no podemos hacer nada mejor; y este caballero, que es un sabio, me comprenderá en seguida. La aplicación de los conocimientos fisiológicos á los sumarios, informaciones y exámenes judiciales es un hecho consumado ya, señor, y que arruina de arriba abajo todo el empirismo de la ajeja rutina...

—¿Pero mientras usted habla, mi ladrón corre!—dijo Baltasar.

—¿Déjelo usted, que ya le atraparemos!—respondió M. Tricamp.—Digo que no habrá ustedes remontarse con seguridad á las fuentes del crimen, si se privan voluntariamente del estudio de los caracteres por los cuales se afirma el criminal y se denuncia á sí propio en cierto modo. ¿Y qué carácter, qué marca, qué sello hay, señor, tan infalible como los del temperamento, el cual se revela por completo en los *matices del acto*? Nada se parece menos á un robo que otro robo, á un asesinato que otro asesinato. El autor,

estad seguros de ello, firma su nombre con todas sus letras en el modo cómo se comete el delito, en el más ó menos ingenio, talento, brutalidad y limpieza con que se ejecuta. No se trata más que de irlo delectando. Por ejemplo: ayer mañana, entre dos criadas igualmente sospechosas de haber robado un chal á su señora, pude indicar á primera vista cuál era la culpable. La ladrona podía elegir entre dos cachemiras, una azul y otra amarilla; ¡había escogido la azul! Una de las criadas era rubia y la otra morena; de suerte que estaba seguro de no equivocarme deteniendo á la rubia; evidentemente, ¡la morena hubiera elegido el chal amarillo!

—¡Eso es admirable!—dijo Cornelio.

—Pues bien—añadió Baltasar—dígame usted el nombre de mi ladrón... y pronto, porque tengo una impaciencia febril.

—No le diré á usted en seguida el nombre—replicó M. Tricamp—pero sí puedo afirmar desde ahora mismo que el culpable hace sus primeras armas... La habilidad con que ha sido despegado este papel de la pared, pudiera engañarnos por un momento acerca de *sus facultades*; pero el papel puesto hace cinco ó seis años en un sitio se despegaba por sí solo con tanta facilidad, que no hay en ello gran talento. La abertura estaba hecha y el mérito consistía en descubrirla; pero el papel sobrepuesto para taparla era un indicio más que suficiente. No digo nada de esa cartera tan burdamente despanzurrada, ni de ese mueble forzado de un modo brutal y salvaje! Todo eso es cuestión de encogerse de hombros; está *trabajado* sin gracia y sin gusto. ¿Dónde me dejan ustedes esa cerradura que cuelga? ¡Eso es deplorable!... Ni siquiera han sabido hacer saltar el pestillo de su muesca. Preciso es que gaste herramientas de zapatero. ¡Y eso es imperdonable, hoy que la industria inglesa nos fabrica instrumentos tan ligeros, tan delicados, tan cómodos!... ¡Ah, señores; yo les haré conocer, cuando quieran, artistas que os forzarán los escritorios de una manera que les entusiasmará á ustedes!

—De modo—dijo Cornelio—que ¿es un novicio?

—Evidentemente... Y además un zafio. Un ladrón que se respeta á sí mismo un poco, tiene el cuidado de no dejar tal desorden en una habitación, pone en ello más coquetismo... Saundersen, á quien hemos ejecutado días atrás, hubiera vuelto para dejar cada cosa en su sitio, caballero. ¡Eso es un artístal! Añadiré que esta persona no debe de ser muy alta ni muy robusta. No necesito más pruebas que el empleo de ese cuchillo y del cordón de la campanilla, cuando un hombre de un vigor y de una estatura razonables se hubiese empujado con facilidad á pulso. Además, una mano robusta hubiese clavado el cuchillo de un solo golpe, mientras que nuestro ladrón ha tenido que golpear mucho tiempo para que penetrara en el tabique; y si no, vean ustedes en la punta del mango este aplastamiento reciente.

—¡Es verdad!—dijo Baltasar, deslumbrado por aquella profundidad de miras.

—Pero, sin embargo—objetó Cornelio.—¿Y ese escritorio con la madera hecha hilas?

—¡Ah, caballero—exclamó Tricamp;—en eso precisamente se revela la debilidad! La verdadera fuerza es tranquila y serena, porque está segura de sí mismo. Da un pufetazo, uno sólo, en un escritorio de tapa convexa, fácil de saltar, ¡y salta! Al paso que esto es obra de un impotente que pierde la cabeza. Resistía el objeto, lo ha golpeado, hecho picadillo á diestro y siniestro, lo ha reducido á astillas, á migajas, á papilla... ¡No hay músculos ni nervios!... Trabajo de niño ó de mujer.

—¿De mujer?—exclamó Baltasar.

—Caballero—respondió Tricamp—desde que estoy aquí no he dudado de eso un

momento. Baltasar y Cornelio se miraban...—Y para resumir—añadió Tricamp tomando otro polvo de rapé—es una mujer joven... porque trepa; pequeña... puesto que necesita escala; morena... porque es rabiosa; familiarizada con vuestras costumbres, puesto que ha aprovechado el momento de estar ustedes fuera para obrar á sus anchas... puesto que ha ido derecha al cajón que contenía el dinero, sin hacer caso de los otros. Y, por último, para concluir en breves palabras, si tienen ustedes aquí alguna querida joven, ó alguna joven sirviente... no busquen ustedes más lejos, ¡ella es!

—¡Cristiana!—exclamaron á un tiempo ambos jóvenes.

—¡Ah! ¿Conque hay aquí una Cristiana?—dijo M. Tricamp.—Pues bien: ¡es Cristiana!

V. SARDOU

(Se continuará)

EL GRAN PROBLEMA

Carta abierta al Sr. Unamuno.

Yo no sé si será exacta ó no, pero gráfica sí que es, la distinción que percibo en la duda: duda orgánica y duda intelectual. La primera se apodera de mí esporádicamente: me parece que nada existe más que cuando fijo mi atención en algo, pero que este algo desaparece en cuanto me aparto de él; que todo lo que veo es producto engañoso de un delirio; que el mundo es un sueño, y, á ratos, una pesadilla. Esto se cura á veces espontáneamente; me entrego, me poseen las cosas, y la fiebre pasa.

Pero junto á este desarreglo, quizá fisiológico, surge después la otra duda, es decir, la que plantea serenamente un problema y fija una incógnita,—duda amargamente tranquila, propia y característica de la inteligencia humana. Entonces es cuando llevo el trigo de mis experiencias al molino de la lógica, sin conseguir amasar nunca el pan de la convicción inquebrantable, de la certeza absoluta.

Y esto que me sucede voy á hurgarlo, á examinarlo con sinceridad, sin someterlo á la extrangulación de la lógica ni á la mutilación del método, sino mezclando lo que sé, lo que pienso y lo que siento en esta rica complejidad y trabazón con que se dan indivisamente mis estados de alma. Y si lograra alguna vez poner algo de mis entrañas en el papel, no disecadas ni metidas en alcohol, sino vivas, chorreando sangre, doloridas y reconfortadas, creería de la mejor fe haber hecho algo bueno, aunque careciera del encadenamiento silogístico que requiere la seca y cenicienta teoría.

* * *

El mundo se me presenta como un problema, y no como un problema teórico, abstracto, metafísico, sino como un problema práctico, apremiante, perentorio, casi patético, porque el valor que representa la incógnita, no sólo lo he de saber, sino que lo he de vivir. La ciencia me señala un camino. Pero en su comienzo ¡qué soledad!, ¡qué aridez!, ¡qué desierto! Usted me dice que la lógica cortante y fría de la conciencia razonadora devastó sus creencias, lo arrasó todo, lo arruinó todo, le quitó toda garantía de certeza de sus afirmaciones de la realidad en sí. Si apremiados por la exigencia del vivir pedi-

mos á este fenomenalismo absoluto una gota que refresque nuestras fauces, la ciencia nos dice: ¡Esperal

Podemos construir, en verdad, toda clase de representaciones que satisfagan las condiciones de nuestro intelecto, á partir del dato empírico y según las leyes del proceso lógico; pero esta construcción que tiene valor para mí, ¿tiene igual valor fuera de mí, ó dicho en los términos clásicos, valor transcendente, objetivo?

De entre tales ruinas, surge cordial la imagen del Padre, no como explicación, sino como satisfacción de nuestro pobre corazón olvidado, de nuestras ansias, de nuestros anhelos, de nuestro tormento. Se derrama el sentimiento como vivificador de lo que el razonamiento mata, y entonces llega á gozarse la bienaventuranza de ver á Dios, no por ser sabios, más por ser limpios de corazón, como decía Jesús, por ser ricos de un fecundo y jugoso sentir que nos conforta y sostiene.

Pero ¿acaso puedo yo sentir sino sólo al través de un saber que siento? Un puro sentir no se siente, hay que saberse del sentimiento para sentirlo, ni se puede hablar de él más que como idea, y por aquí lo agarra de nuevo implacablemente el garfio lógico. Y van por el mundo los pobres dualistas hechos dos pedazos, y mientras su corazón dice ¡sí!, su cabeza dice ¡no! Y allá van ansias, anhelos, éxtasis, deliquios religiosos, aspiraciones místicas á hacerse aficos contra la impávida roca de la razón, que no cesa en tanto de exigir una explicación. ¿Qué es ese sentimiento? ¿El sentimiento contra la incógnita?

Sea; me resigno, amo y creo. La razón viene en mi ayuda, para mostrarme triunfadoramente la eficiencia histórica de Dios, y la universalidad con que el vario matiz de una verdad vislumbrada y entrañable casi como consustancial con el hombre. La famosa sustancia kantiana bien vale otra concepción deísta cualquiera, en esta relación determinada. Pero la razón me redarguye y me pregunta si esto no es efecto de meras condiciones psicológicas, si no *sentimos* (como *pensamos*) en virtud de leyes, necesidades y condiciones subjetivas. Y el desaliento brota, crece, se hincha y me invade.

Dios es símbolo, fórmula, bandera. *„Wer dars Yhn nennen?“* ¿Quién con pleno sentido lo afirmará? ¿Quién lo negará? En la constante fermentación de esta idea, mi levadura lógica sólo ha añadido un «sin comienzo» á la representación del mundo. Se me impone un *infinito* y un *eterno*. Y ¿quién comprende el infinito y la eternidad? Para mí son palabras huera, conceptos incomprensibles, *insaisissables*, que empleo en la acepción de negación de límites en el tiempo y en el espacio. A lo que no entendemos, le ponemos un nombre; pero un nombre no es una explicación. El gran problema es otro; el que ahora va á surgir.

* * *

Queda esta roca firme: el hacer, la acción. No hemos venido al mundo para especular, pensar ó sentir, decía rudamente el padre de Carlyle, sino para trabajar. Comprendamos ó no la vida como un hacer, nos vemos empujados, impelidos, forzados á la acción. Y usted dice: Que sea tu eternidad «ahora» y tu infinito «aquí». Y yo añado: Duda y haz, piensa y haz, especula y haz, siente y haz. Y en verdad, ¿quién aguarda á teorizar] para hacer?

He aquí el hermoso sentido de la fe. El hacer es voluntad; pero sobre voluntad es fe. Vivimos de fe. Fe en qué volverá mañana el sol; fe en el alimento que ingieres, en la tierra que pisas, en todo lo que sientes sin saber el cómo, el por qué y el para qué de tus sensaciones; fe consustancial con el sér. Nadie te da prenda ni hipoteca de la realidad de tus creencias oscuras y medio-veladas, pero ello es que tú te confías á los cuatro elementos, te confías á tu sueño, á la silla en que te sientas,—y si alguna vez vacilas, vacilas en vir-

tud de tu misma fe, de tu misma confianza, porque esquivas la techumbre ruinoso ó la copa de tósigo en virtud de tu fe y tu confianza en todo el sér y hacer universal. Vive, vive, pues, en el amplio seno de la madre común como el pequeñuelo se aduerme en el regazo de la que le parió; sé como el animal que se desarrolla en paz consigo mismo en medio de la naturaleza, como el árbol que yergue su ramaje, como la corriente que sigue su cauce. Mas no, no puedes. La fe humana no es esa. En el hombre, el mundo se ha hecho idea, ha llegado á darse cuenta de sí, según el concepto grandioso y poético de Hegel,—y el hombre es víctima de esta sublime belleza, de esta delicadeza exquisita, de esta última floración.

Y mi hacer, no es un simple hacer. Es hacer consciente, preñado de enigmas, apremiante y tiránico. Y he aquí el gran problema: ¿El hacer del mundo tiene un fin? ¿Es un hacer teológico?

Nada se me da como fortuito, ni como casual, ni fatal, ni providencial; para mí, todo es necesario, lo cual si bien es lo mismo, no es el mismo matiz. Pero la acción cósmica, esta acción necesaria, infinita y eterna, ¿es racional, inteligente, teológica?

Y de todos modos, ¿qué papel es el mío? Pero mientras me pregunto esto... ¡pivolo!—y vivo sobrellevando con melancólica gallardía esta pesadumbre de mi conciencia.

Mi orgullo se levantaría alegre, satisfecho y tranquilo de entre tantas ruinas, si mi conciencia fuera en mi base y fundamento incommovible de inquebrantable é inmutable firmeza. Mas la conciencia es sólo espuma efimera del océano de lo subconsciente. Todo aquello de que yo me sé, es manifestación fugitiva de lo que adviene desde el hondón de aquello de que yo no me sé. Y aun á veces, suelo interpretar torcidamente efectos de perturbaciones fisiológicas. Espuma de espumas es la conciencia, puesto que yo soy forma accidental y pasajera de aquello que es eterno, la substancia kautiana, el Verbo de San Juan, aquello de que, según todos los apóstoles, somos templos vivos.

Y, en verdad, amigo Unamuno, al llegar á esta vanidad de vanidades y todo vanidad, siento una oleada inmensa de ternura que me hace esperar la «plenitud de plenitudes y todo plenitud»... á ratos.

A. RAS.

HISTORIA DE DIOS

INTRODUCCION (1)

La ciencia va, poco á poco, emancipándose de la tradición. La teología, ciencia infusa de los tiempos prehistóricos ó infantiles de la humanidad, tiene que huir avergonzada ante las investigaciones, cada vez más sorprendentes de la erudición. La Biblia, engendro de las supercherías de una raza de verdaderos parias, aun con relación á las primitivas tribus hetafricanas, va demostrando sus errores y sus con tradiciones á todo sér equilibrado que se toma la molestia de estudiarla. La cuestión religiosa y la fe que sustentaba á las religiones ven cada vez más estrechados sus dominios. El intelecto humano comienza á aspirar vientos de independendencia. La ciencia religiosa, la teología y la metafísica,

(1) Introducción á la obra del mismo título que se publicará en breva. (N. de la R.)

no son causa ya de los respetos que merecieron á otros pueblos de organización más embrionaria que los actuales. El oficio de teólogo está en completa baja, como el de los embaucadores y aruspices de antaño. La decadencia de la teología y el obscurecimiento de la fe, se operan, no tanto por el estancamiento de aquella al continuar considerando como dogmático é intangible y hasta inmutable, lo que ni es, ni puede, ni debe serlo, cuanto por su falta de espíritu analítico. Para que la fe no descendiera del trono que le habían erigido la imbecilidad, cuando no la malicia humanas, habría sido menester que la teología hubiese rectificado sus supercherías y confesado sus errores, ya que no emprendido la desinteresada investigación de la verdad.

Los seres fuertes é independientes, no dudan ya de que es necesario reorganizar el pensamiento religioso, bajo otras bases que no sean las actuales; de que es preciso, á todo trance, conocer á Dios, no en la forma que nos le exhiben los curas, sino en la que nos le describe la ciencia; de que es indispensable sentir y respirar de distinta manera que hoy se siente y se respira; de que es forzoso desterrar prejuicios, soterrar preocupaciones, desvanecer embrollos, desentrañar supercherías, borrar los errores que obstaculizan la definitiva organización de la sociedad, y sobre todo, y ante todo, hacer que resplandezcan los luminares de la verdad y funcione en su justo fiel la balanza de la justicia. Nosotros no debemos ni podemos ser lo que fueron las tribus nómadas de las edades prehistóricas, en cuyos tiempos se establecía como postulado la existencia del agente Dios bajo el acto y del factor Dios bajo el hecho. Fuera de esto—como dice Max-Müller—los actos no son ya actos, ni los hechos son ya hechos. La ciencia en su determinismo implacable, pero verídico, ha dicho y probado, que ya no hay tal agente Dios para los actos y que nosotros, lejos de ser agentes de *El* para los hechos, no somos otra cosa que actores; poderosas máquinas de acción y de voluntad en quienes se destacan el libre albedrío y el pleno sentimiento; en una palabra: todos los caracteres que constituyen y distinguen la personalidad humana.

* * *

Aun cuando era un buen camino, el hombre prehistórico hubo de marchar en los albores de la humanidad, por los senderos del tanteo, sumido en las tinieblas de la ignorancia, y buscando, por medio de fetiches, ídolos, dioses, etc., la plataforma que podría conducirle de lo visible á lo invisible y de lo finito á lo infinito.

Si, desde este mísero planeta á que llamamos *tierra* no podemos llegar al camino de la perfección, no será ciertamente por falta de esfuerzos, lo que no impide que le sigamos, por cuanto son la práctica del bien, la igualdad y la justicia, las que pueden conducirnos á la meta. Pero es conveniente meditar de vez en cuando que el horizonte se aleja más y más, á medida que más y más nos acercamos á él—como ha dicho un profundo sabio—y que es menester no olvidar que, á cada nuevo horizonte que admiramos, ó cuanto más nos acercamos á él, nuestra vista se amplía, nuestro corazón se dilata y nuestros sentimientos se hacen más profundos.

¡Qué diferencia tan enorme la que existe entre una raza medianamente ilustrada que recibe los beneficios del progreso que cientos y miles de generaciones pasadas realizan en provecho suyo al pasar por el mundo, y aquellas tribus prehistóricas en cuyo cerebro apenas alboreaban los primeros destellos de la luz intelectual!..

Y, sin embargo, todas, todas esas tribus que en la infancia de su pureza, de su luz y de su fuerza y particularmente los indos, los persas y los griegos, de las cuales fueron ramas secundarias los romanos, los celtas y los germanos; los primeros, ofreciéndonos los primitivos modelos de lo que es y debe ser la familia; los segundos enseñándonos las vir-

tudes del trabajo y los beneficios del esfuerzo, y los terceros dándonos las nociones de verdadero arte al formar al hombre, son las mismas que al abrir los ojos á los resplandores de una luz, que ni abrasa ni ofusca, fecundaron la vida estudiándola en sus tres manifestaciones fenoménicas; respiración, circulación y asimilación, y las primeras también que nos transmiten la idea de un Dios, grande, inmenso, omnipotente, que se manifiesta en todo, desde en lo infinitamente pequeño, hasta en aquellas regiones á donde sólo han podido llegar los telescopios; tribus, finalmente, que escribían en los cantos que únicamente en el último tercio del siglo pasado han podido ser fielmente traducidos: «No conocemos á Dios, pero sabemos que existe, cual el hijo á cuyo padre no conoció por haber muerto antes de su nacimiento, conoce y sabe que existió el autor de sus días».

*
* *

Ya lo ha dicho la sociología; pero, forzoso es repetirlo: «Una primera época, puramente ideológica, nos muestra un máximo de ignorancia ó un mínimo de saber, general ó regularmente acompañados de formas religiosas absurdamente groseras, de una moralidad casi negativa, de un arte casi nulo, ó poco menos, y de concepciones políticas y económicas de una sencillez y de una rudeza extraordinarias. Una época subsecuente nos ofrece una ignorancia muy mitigada ó una sabiduría que se detiene en el umbral de las grandes ciencias de la naturaleza, y, paralelamente, creencias teológicas más refinadas, ó lo que es igual, ensayos de verdadera metafísica religiosa. Otra época, menos mediata, nos hace ver la concomitancia constante de lo que pudiera llamarse una semisabiduría, puesto que se detiene, precisamente, en las ciencias del mundo orgánico y en estos dos hechos completamente nuevos en la historia de la humanidad: el comienzo de la decadencia de las creencias religiosas y la dilatación ó ampliación de la metafísica, la cual llega á dividirse en tres doctrinas, tipos que corresponden á los tres departamentos en que, á su vez, se divide el intelecto humano. Por último, llega una época en que la inteligencia humana se exhibe en todo su esplendor, y en que conjuntamente con el descreimiento religioso coinciden, el afanoso estudio de los mal llamados fenómenos de la naturaleza y de todo cuanto concierne ó se relaciona con las primitivas civilizaciones de Oriente. ¿Y qué resulta de todo esto? Que á medida que el intelecto humano se va acercando más y más á la verdad, ora reconstituyendo por medio de la geología, la paleontología y la historia natural, en suma, las diversas etapas por que hubo de atravesar la tierra antes de ser un mundo habitable y las diversas transformaciones por que atravesaron los tres reinos de la Naturaleza, antes de que aparecieran en la superficie del globo en que habitamos los primeros diamantes, las primeras flores y los primeros seres humanos, ora reconstituyendo también por medio de la filología, de la paleografía y de la etnología lingüística, los idiomas en que expresaron oral ó gráficamente, sus ideas y sus sentimientos y sensaciones los primeros seres pertenecientes á la raza hominal.

*
* *

De estos hechos innegables que la ciencia nos enseña y que los teólogos—privados hoy, por fortuna, de sus mejores medios de persuasión: la hoguera—controvierten, como controvierte el reo el crimen de que se le acusa, en defensa de su libertad ó de su vida, se desprenden los problemas que vamos á plantear y á tratar de resolver, no con sujeción al *filosofismo*, de algunos sedicentes filósofos y los cuales no son otra cosa que *filosofistas*, sino con vistas á la verdadera ciencia, que es la que nos dice que: Dios no es ya para el hombre inteligente y libre de prejuicios el Dios que aprieta sin ahogar, cura

sin ver, perdona al oír, castiga sin escuchar, premia á capricho, otorga sin reflexionar y da bienes ó males sin tasa; en una palabra, el Dios que hace recaer sobre los hijos la iniquidad de los padres hasta la cuarta generación; que si la religión cristiana—la que nos impone y nos hace costear forzosamente el Estado—conquistó en sus tiempos la mejor parte del mundo, fué porque era la que más se aproximaba á la moral y á los ideales á que la humanidad debe aspirar, pero que desvirtuada hoy por sus propios ministros, ha pasado á ser un código antiguo, rancio y sin otro valor que el histórico, máxime si se tiene en cuenta que el nombre de Jesús y de Jason son perfectamente sinónimos; que *Mithras* nació también el 25 de Diciembre de una virgen pura y en compañía de un buey; que *Diomysos* nació igualmente en ese mismo día y que el joven dios se vió obligado á huir á Egipto, caballero en un pollino y acompañado por el viejo Sileno, y, finalmente, que antes de la existencia de Cristo, un tal *Christna* había tenido exactamente las mismas aventuras en la India, fecha por fecha, cronológicamente hablando; que mientras sólo se tenía un conocimiento imperfecto de la antigüedad pudieron triunfar los mitos de que toda la inmensidad del firmamento era algo así como una esfera de cristal, tachonada por resplandecientes estrellas; que ni Pitágoras, ni Platón, ni Aristóteles—por no citar otros nombres que los más conocidos—pudieron desperdiciar su tiempo en hipótesis pueriles, como las que se les atribuye, con relación á las leyes de la Naturaleza; que Pitágoras, igual que Philolaus, Timeo de Locres, Aristarco y Selenco creían que la tierra era móvil (antes de Galileo); que no ocupaba el centro del Universo y que tenía un movimiento uniforme y gradual, alrededor del sol; que Plutarco, Anaximénes, Heráclito, Aristóteles, Plinio, Macrobio, Censorino y otros sabios no menqs ilustres contemporáneos suyos, creían en la pluralidad de los mundos habitados, lo mismo que en la pesantez universal; que la obra de Moisés, ó sea la redacción del *Sepher*, para cuya interpretación se hicieron (después de la cautividad de los judíos) los *targums*, convertido primero en Biblia y luego en Evangelio, no es otra cosa que el resumen de la ciencia de los principios, en todas sus múltiples cuanto diversas manifestaciones, tal y como entonces se conocía; que Lucrecio, muchos siglos antes de comenzar la era cristiana, sostuvo en versos de admirable melancolía—reproducidos, más tarde, por San Cipriano—que la savia de la tierra está agotada, que apenas puede producir, y eso á fuerza de trabajo, las cosechas que nacían por sí mismas en los orígenes del mundo, pintándonos también, como remate de cuento ó moraleja, al viejo labrador que inclina resignado la cabeza, envidiando la suerte de sus antepasados y anunciando que la vieja máquina del mundo, podrida en sus cimientos por el peso de los años, concluirá por derrumbarse; que la humanidad terrestre no nació al mismo tiempo ni en el mismo lugar, hecho que hace imposible la diversidad de razas y de colores; que cada raza humana comprende de tres á siete subrazas, obedeciendo, cada una de ellas, á las leyes de su evolución especial; que lo propio que sucedió con la raza humana ocurrió con los continentes, pues cuando la civilización nacía en la Lemuria, las cumbres de la Europa actual comenzaban á surgir de las aguas, en tanto que el Africa y la Atlántida poseían ya especies animadas más perfectas que en el territorio que ocupó la supracitada Lemuria y la que constituye hoy la Europa, y que... Pero ¿á qué seguir por este camino cuando el lector, si es paciente, podrá ver por sus propios ojos todos y cada uno de los hechos que se desprenden de los dos problemas enunciados: el de la creación del mundo y el de Dios, con el natural corolario que ellos de por sí arrojan?

* * *

Abordemos, pues, con verdadera independencia, con entera libertad, esos problemas que hasta hace muy poco tiempo parecían insolubles, separándonos por completo de la hipótesis filosófica que representa las causas primeras y finales como innaccesibles al intelecto humano. Apartémonos de las dos vías que, según el *filosofismo* contemporáneo conducen á lo incognoscible; una de ellas seguida por el agnosticismo antiguo y que comprende el estudio de todas las religiones y de todos los sistemas puramente metafísicos, y la otra recorrida en la actualidad por el agnosticismo moderno, el cual rechaza la investigación de las esencias y de las causas y no admite sino ciertos hechos que constituyen toda la esencia de otros hechos, aceptando en [cambio] que determinadas causas son las condiciones primeras de otras causas cuyo conjunto es el que constituye los hechos. ¿Acaso no vemos que el agnosticismo, lo mismo el antiguo que el moderno, mirados desde el punto de vista del utilitarismo y del practicismo, es lo contrario, lo diametralmente opuesto, la *negación* directa, por decirlo así, de toda religión y de toda metafísica, desde el momento en que renuncia al conocimiento de lo absoluto y á la investigación de toda causa primordial ó final?

Las etapas que nosotros habremos de recorrer son otras muy distintas á las que han recorrido la filosofía y la metafísica. Como base del planteamiento del problema de la creación, tomaremos el *Sepher*, la obra de Moisés, sacerdote de Osiris en Egipto y legislador del pueblo de Israel en el Sinai, pudiendo observar, como resultado de este estudio y antes de penetrar en el de la reconstitución que hacen las ciencias de cómo, en qué forma y en cuánto tiempo pudo realizarse esa creación, que la Biblia que nos exhiben las diferentes sectas en que se dividen y subdividen los cristianos, desde el católico altivo hasta el convencido anabaptista, y desde el cismático griego hasta el recalcitrante ortodoxo, sin contar las de judíos y judaizantes, no es la obra de Moisés, tal y como él la concibiera, á cuyo efecto publicaremos la traducción que de la parte cosmogónica han hecho los orientalistas, particularmente Fabre D'Olivet y Saint Yves d'Alveindre, para que pueda cotejarse con la que nos obsequia el clericalismo denigrante, como auténtica é inspirada ¡nada menos! que por el Espíritu Santo.

Estudiado y resuelto este problema y probado que resulte el hecho de que lo mismo los indos que los egipcios y los persas, los griegos, los escandinavos y los romanos, son descendientes de razas negras y de color que precedieron á las blancas en el camino de la civilización, abordaremos el otro problema, el de Dios, á fin de que quede bien sentado en el transcurso de nuestro análisis, que existe una identidad perfecta entre los conceptos *centrales* de las religiones más primitivas ó de los sistemas metafísicos más remotos y más personales, con el concepto que esas razas primitivas se habían formado de Dios; no del Dios del catolicismo; no de ese venerable anciano á quien pintan compartiendo su soberanía omnipotente é infinita, con un cordero, con una paloma y con una señora que trata de aplastar á una serpiente—sin conseguirlo—sino del Dios de los Vedas, del Ramayana, del Mahabaratha, del Zend-Avesta y aun de las propias mitologías egipcias y griegas, según cuyos libros: «antes de que hubiera ni muerte ni inmortalidad; antes de que hubiera alguna diferencia entre el día y la noche, existía ese SER UNO...» Luego, después, una vez relatada la verdadera HISTORIA DE DIOS, en sus divesas manifestaciones, tanto visibles como invisibles, llegaremos al corolario, es decir, al protoconcepto que nos merece el culto que deba dedicarse al autor de lo creado y de lo que está creándose ó por crearse.

FRANCISCO MORENO (DR. MOORNE.)